

FÁTIMA Y LUCÍA



Nur Flores

EDITORIAL MONEMA

Reservados todos los derechos. Está prohibido reproducir o transmitir esta publicación, total o parcialmente, por cualquier medio, sin la autorización expresa de los propietarios del copyright.

Editado por: Editorial Monema

Maquetado por: Editorial Monema

© De esta edición: Nur Flores

ISBN: 978-84-942151-6-2

Depósito Legal: GR 266-2019

FATIMA Y LUCÍA

The title 'FATIMA Y LUCÍA' is rendered in a bold, black, sans-serif font. The letters are decorated with colorful floral and leaf motifs. Blue leaves are placed above the 'F' and 'L', while yellow leaves and small pink flowers are scattered around the 'A', 'I', 'M', 'A', 'Y', 'L', 'U', 'C', 'I', 'Á'. The overall style is playful and artistic.

Nur Flores



Esta sobrina mía es un encanto de criatura. Si no fuera porque tiene la cabeza llena de grillos, sería perfecta. Pero como nadie es perfecto, así como es, ya me vale. La pena es que, con tanta voluntad como tiene, ese espíritu crítico que Dios le ha dado, esa inteligencia aguda y despierta como pocas y ese corazón tan grande, se deje arrastrar por tanta tontería del beaterío moderno y liberaloide que pretende saber nadar sobre aguas turbulentas y, en realidad, se ahoga en un charco. Un charco que, para más inri, él mismo ha contribuido a formar. Pero Lucía es lista. Sé que voy a poder sacar lo mejor de ella. Y si consigue liberarse de todo ese lastre que tanto mediocre iluminado y pedante le ha metido en el tarro, será una maestra excelente.

Maestra, sí; qué diantres de profesor y profesor y tanto querer ponerse brillo de “profesionalidad”, cuando esa supuesta profesionalidad no es más que un dechado de pedanterías, en su

mayor parte inútiles, cuando no perjudiciales, siquiera sea por lo que estorban. Te enseñan un saco de contenidos teóricos a cual más rimbombante, y a la hora de la verdad..., ea, al aula y a lidiar con la leonera sin más medios que la tiza y, ahora, una pizarra digital que se queda pillada justo cuando de verdad te hace falta.

¿Habría palabra más hermosa que maestro? O maestra, llegado el caso, pero a mí que me dejen de arrobitas y os/as que lo único que hacen es marear al personal y aburrir a las ovejas. ¿Habría que decir ovejas/os?

Siempre tiene que haber gente para todo, como dice el dicho. Y algunas no tienen otra función en la vida que enredar al personal y gastar energías en gilipolleces. Y luego cogen por banda a un primor de chiquilla, como mi Lucía, y le ponen la cabeza como una olla hirviendo, pero que ni sopa lleva.

Bueno, pero lo vamos a hacer. Llevo ya más de treinta años en esto de la enseñanza y estoy hasta los ovarios de tener que estar tragando quina de cuatro subnormales y dos marujonas, pendientes de si se desperdician cinco minutos en los cambios o si los chavales no acuden el último día a clase. Si por ellos fuera, los chavales digo, lo que no acudían era ni el primero. Total para estar por los pasillos haciendo el gili, con las notas ya puestas, o viendo pelis que han visto ya o que no les interesan, si se quedan en su

casa muy bien que hacen. Los subnormales de los despachos se piensan que esto es una fábrica de ladrillos y que si pierdes cinco minutos o un día no acuden, se han fabricado veinte ladrillos menos. A la cabeza se los tiraba yo a esos ratones de despacho, tiralevitas casposillos que, en su mayor parte, y eso siendo benevolente, están ahí por compadreo político y dame tú que te pongo yo. ¡Anda y que los zurzan! Que les den a sus leyes, a sus equipamientos y a sus mínimos exigibles. Lo que yo quiero hacer ya lo hacían los “maestros” griegos con sus pupilos y no necesitaban otra cosa que unos escalones en los que sentarse y una plaza en la que charlar. Y mira si salieron listos que todavía estamos dándole vueltas a lo que ellos comenzaron y seguimos avanzando por lo que descubrieron. Y cuando necesite una pizarra digital ya buscaremos una. Si total, a estas alturas todos llevan móvil y cualquier adolescente tierno y con cabeza de chorlito te puede enseñar qué aplicación necesitas para cada cosa y cómo bajártela gratis. Anda que para eso no es buena ni nada mi Luciíta. Con lo torpe que soy yo en ese terreno.

Pues ea, andando y a por ella que la voy a poner al día.



Esta tía mía está como un cencerro. Con plaza fija de funcionario, ganando un pastón...; bueno, a decir verdad no tan pastón, pero acostumbrados a la miseria que nos pagan a los jóvenes por trabajar casi como esclavos... El caso es que ya quisiéramos más de una tener su trabajo, y va la puñetera y ahora quiere dejar su plaza y montar una academia. ¡Una academia o vaya usted a saber qué!, porque ni ella misma se aclara. Me lo va a explicar bien, dice. Pero le temo más a sus explicaciones que a una vara verde. Porque, para algunas cosas tiene la cabeza muy bien amueblá; pero para otras..., con sus casi sesenta tacos y parece una chavalilla más locuela que yo, que apenas tengo veinticinco, y tampoco creo que me chupe el dedo, vamos.

Y es que a mi tía Fátima..., ¡Fátima o M^a Ángeles!, que esa es otra. Ni sé cómo llamarla, al final. Cuando era M^a Ángeles era una anarquista peleona, siempre descontenta con todo lo enquistado y

lo carca, que va y se presenta como independiente a las municipales con los comunistas y así, como siempre, ella en tierra de nadie y recibiendo hostias por todos lados. Los comunistas, que no se acaban de fiar de su vena anarquista. Y la viceversa, no te digo na. El caso es que, a la mu jodía, en todos sitios la respetaban; que hasta los de derechas se llevaban bien con ella y, si tenían que decirle algo, tenían buen cuidado de hacerlo con educación. Porque clase tiene, la puñetera, como pa vender. Pero le faltaba hacerse musulmana. Y nada menos que sufí, la rama más mística del Islam. Y ahora sí que ni anarquistas, ni comunistas, ni fachas, ni la madre que los parió... Los unos por ateos, los otros por ultracristianos, como si estuvieraapestada. ¡Y el caso es que la siguen tratando con respeto! La muy jodía. ¿Cómo se apaña? Si hasta a mí me tiene confundidita. Siempre fue mi mentora, el espejo en el que yo me miraba. Que hasta me peleé con mi madre, medio facha que es, la pobre, más de una vez por culpa de mi tía. ¡Y coge y se hace musulmana! ¿No quieres religión? Pues ahora, toma, taza doble. Ni siquiera la cristiana, que al menos tiene la semana santa y la navidad para correrse alguna juerga que otra. ¡Nada menos que el Islam!

Lo que yo digo: ¡como una chota! Pero ahora que..., díselo a ella. Y no tiene palique, la puñetera, que siempre empieza que

si esto que si aquello y termina liándote más que una gaita en la mochila.

A ver qué academia o qué demonios es lo que quiere y qué puedo pintar yo en ese enredo. Al fin y al cabo, yo voy a perder poco. Con mi licenciatura de filología hispánica y sobresaliente cum laude..., y todos los trabajos que consigo son de camarera o de venta a comisión; que limpiar casas ni me lo planteo. Si ella tiene ovarios a dejar su plaza fija, no me voy a achantar yo por un sueldo que no es ni la tercera parte que el suyo y un contrato por tres meses sirviendo mesas. Por escucharla que no quede.

LAS DOS

- ¿Qué tal, tita?, ¿y los primos?
- Muy bien, Lucía. Ese par, por ahí andan, buscándose la vida. No les va mal. ¿Y tu trabajo?, ¿sigues en el restaurante?
- Sí; no sé por cuánto tiempo, porque ya sabes la mierda de contratos que nos hacen, pero ahí voy, tirando.
- ¿Te gusta tu trabajo?
- ¡Bueeeeno! Los hay peores. Al menos a veces es entretenido; puedes escuchar conversaciones de lo más variopinto, tienes cosas que hacer... Si te digo la verdad, los ratos en que no viene nadie es cuando me aburro y lo paso peor.
- ¿Prefieres el estrés?
- No, mujer, eso tampoco, que a veces no doy abasto. Pero así, a un ritmito normal, no es un mal trabajo. Seguro que tú lo pasas peor algunas mañanas en tus clases.
- No lo sabes bien. Hay días que uno echa de menos el traje

de gladiador, la red y el tridente y haber dicho eso de: César, morituri te salutan.

- Sí, jejeje. Ya me imagino. Y al final para que algún cebollino te traduzca la frase como en el chiste: las aves del César murieron por falta de salud, ¿no?
- Bah, si ese fuera el problema, sería gloria bendita.
- Bueno, a ver, cuéntame, que me tienes en ascuas, con esa idea tuya de la academia y qué puedo aportar yo en todo eso.
- No es una academia. El nombre es importante, que eso marca las cosas y les da carácter. No es una academia, porque esa palabra es demasiado “académica” –los parones y los manoteos o apoyos mímicos como esas comillas a Lucía le hacen gracia verlos manejar en su tía con tanto desparpajo- y si algo quiero evitar, antes que nada, es la prepotencia y la falta de imaginación de toda esa gente que se ufana de sus títulos y de sus estudios, y luego les quitas el libro de texto y no saben ni abrir la boca. Vaya, son peores que un gladiador sin sus armas delante de los leones, por seguir el símil.
- Muy guerrera vienes tú hoy.
- Yo siempre soy guerrera, ya lo sabes.
- Bueno, y entonces, ¿cómo lo llamamos?

- El nombre es lo de menos.
- ¿No acabas de decir que eso da carácter, en qué quedamos?

El nuevo silencio y la mirada acusadora de su tía pone a Lucía en guardia; aunque no esté falta de gracia esa vigilancia.

- No te pases de lista, niña. Por lo pronto, es mejor no ponerle nombre, antes que nombrarlo mal. Mientras no se nos ocurra otra cosa mejor, vamos a llamarlo centro.
- ¡Joder! A ver si vamos a ser un centro de menores.
- ¿Ves? ¡Ya estamos! Con razón decía Espinoza que toda palabra es un prejuicio –esta vez es la mueca de Lucía la que hace gracia a su tía; cada vez que esta suelta algún detalle de erudición, su sobrina se incomoda. Es una gran lectora, pero todavía no ha tenido tiempo de leer lo bastante y se siente insegura ante las muestras de acúmulo de datos que puedan apabullarla-. Centro es una palabra polivalente y, en principio, puede ser un lugar cualquiera o, simplemente, el origen alrededor del cual gira una actividad o una serie de actividades. Y me jode parecer una profesora de pedagogía hablando de Decroly o de su puñetera madre, pero ha sido necesario. Academia, no. Esa es una palabra bastante

circunscrita a algo institucionalizado y rígido. Justo lo que yo no quiero.

- ¿No es esa palabra la que usaban los griegos? Y alguna vez los has puesto como ejemplo.
- Pues, mira, ahora que lo dices, sí; los griegos, con sus maestros charlando y pasando la existencia por la criba de la razón, aunque sin descartar lo irracional para según qué, pueden servirme de ejemplo. Aunque estos son otros tiempos y ahora academia en seguida hace pensar en otra cosa más muerta y más tipo saco de datos.
- ¿Y qué puede ofrecer lo irracional, tía? ¿No es meter confusión en la luz?
- Ay, hija, si no fuera porque sé que tienes un alma inquieta y un corazón que late, te daba un pescozón. A ver si vas a resultar ahora una socrática cerril.

La mirada de extrañeza de Lucía esta vez es tan cómica que Fátima no puede evitar sonreírse.

- ¿Y qué tiene de malo Sócrates, hablando de griegos? ¿Acaso el “Conócete a ti mismo” no es un buen lema?
- Pues claro que lo es. Excelente. Vamos, si quieres lo ponemos en un cartel a la entrada del local, si lo tenemos, como esos de

“Todo por la patria” en el cuartel de la guardia civil: “Conócete a ti mismo”.

Otra vez la mímica de Fátima ha divertido a su sobrina. Pero la tiene inquieta.

- ¿Y entonces?
- No has leído “El nacimiento de la tragedia”, de Nietzsche, ¿no?
- Yo, de ese machista, no he leído nada.
- Pero, hija mía, bendita, ¿y tú te consideras moderna y rebelde y todo eso?, ¿por qué?, ¿porque votas a la izquierda radical? Y hasta te han “prohibido” leer a un genio como Nietzsche...
- A mí no me ha prohibido nada nadie –el enfado de Lucía llena de cómica ternura a Fátima-, pero yo no voy a perder el tiempo ni a contaminar mi mente con un machista que desprecia a la mujer.
- ¿Y cómo sabes que es así si no lo has leído?, ¿porque un caballo con rajita entre las piernas te ha leído alguna frase de un libro de setecientas páginas? Esa es otra forma de prohibir. ¿No tiene un genio derecho a equivocarse en algo, en todo caso? A ti te gusta la poesía, ¿verdad?
- ¡Pues claro!
- ¡Pues claro! Pero Sócrates, con todo lo gran filósofo que era,

aunque no lo eran menos los presocráticos y no cojeaban por donde él, metió a la poesía en un callejón sin salida.

- ¿Sócrates?
- Sócrates, Sócrates, sí. Él fue el que puso como canon de belleza el que lo escrito “pudiera comprenderse con la razón”, con lo cual cerraba la puerta a la verdadera poesía, la que indaga en el terreno de lo inefable, la que mira lo que hay más allá... Tampoco has leído a Heidegger, ¿verdad?
- ¡Y ahora un nazi! ¿Tú te crees que yo no tengo otras cosas que leer?
- ¿Y Rimbaud? ¿Te gusta Rimbaud?

Lucía se queda pensando un poco.

- No me desagrada. Pero prefiero Ángel González.
- ¿Y Baudelaire? ¿Y Lorca? ¿Y Rubén Darío?
- Sí, claro que me gustan.
- ¿Y el poema “Lo fatal” de Darío?, ¿ese que termina “y no saber a dónde vamos, ni de dónde venimos”?
- Pues claro que me gusta. No soy ninguna analfabeta.
- Pues no cumplen el canon de Sócrates. Y lo que se sale de lo que la razón puede abarcar es inútil enfrentarlo y, según Sócrates, no bello.

Lucía vuelve a quedarse en silencio un ratito. Fátima le mantiene la mirada; seria, pero por dentro se divierte. Se está viendo a sí misma de joven, cuando le espetó a su maestra: “Nietzsche es un niño que escribe sin sentido”.

- Pero yo hago una lectura racional de los poemas de esos poetas. Y lo demás me trae sin cuidado.
- ¿Y ya sabes a dónde vamos y de dónde venimos?
- No; pero eso os lo dejo a los místicos y a los chalados.
- Pues vale. A ver si conseguimos darte un poco de luz.
- O de alquitrán, porque no hay quien os entienda. Por cierto, ¿has dicho que local, si es que lo tenemos?, ¿es que se puede tener un centro educativo sin local?
- Alguno habrá que tener, aunque sea una covacha. Pero el local es lo de menos.
- ¿Cómo va a ser lo de menos? ¿Pero tú has leído todo lo que pide la Administración para legalizar un centro educativo?
- ¿Y quién ha dicho que va a ser un local legalizado?
- Pero... -la cara de espanto de Lucía de veras resulta cómica a Fátima; la deja acabar su frase. Pero a ver si la termina de una vez, porque se lo piensa demasiado...- Pero... -¡venga de una vez!- ¿en qué estás pensando?
- Hija, que no vamos a montar un puticlub. Es un centro

educativo. Pero, vamos a ver, ¿tú has visto los edificios en que están los institutos, por ejemplo?

- ¿No los voy a ver? He estudiado en ellos.
- Y por lo que veo, con un placer infinito.
- Yo no diría tanto. Pero tenían sus cosas buenas. Las tienen de hecho.
- Sí, la cafetería, el patio de recreo... Y aún estos con verjas, horarios rígidos y prohibición de entrar o salir, según cómo y cuándo. A mí ha habido alumnos que me han dicho que aquello parece una cárcel. De los más bordes, es verdad, pero precisamente por eso, de los más sinceros. Son ese tipo de alumnos que te amargan la existencia en el aula y de buena gana los ahogaría; pero que en la calle son los más cariñosos y los más dinámicos. Y los que, al cabo de los años, se acercan a saludarte con afecto, y eso que te hicieron la vida imposible en aquella "cárcel". Yo los prefiero en la calle, la verdad.
- Pero entonces, ¿no vamos a tener local?
- Alguno habrá que tener, mujer. Vamos a escribir y hacer cuentas también, si es eso lo que temes. Pero para eso bastan cuatro paredes, un techo y unas cuantas mesas y, si me apuras, ni mesas. En el suelo y con tablillas también puede uno apañarse.

- ¿No iremos a montar una escuela coránica?, porque entonces no cuentas conmigo...
- ¿Te he dicho yo eso? Escuelas coránicas ya hay. Y las llevan gente mejor preparada para eso que yo. Y, por supuesto, para eso no contaría contigo. Lo que yo quiero es hablar de la vida y de la existencia con mis alumnos y con mis alumnas. Leer libros y comentarlos, resolver problemas de la vida cotidiana y valernos para ello del cálculo y los instrumentos apropiados, hacernos preguntas y buscar juntos respuestas, leer poesía y compartir emociones, hacer deporte, visitar lugares, salir al campo a conocer las plantas y sus usos, analizar la tierra y sus componentes, conocer el trabajo que hacen sus padres y que hace la gente en sus talleres y empresas... ¡Vivir!, qué demonios, y aprender a vivir. Sin cercas, sin verjas, sin horarios rígidos...
- Entonces no vamos a tener ni local ni horarios. ¿Y libros de texto tendremos?

Esta vez es tal su pavor, que Fátima no puede evitar una carcajada.

- No te asustes, mujer. Poquito a poco. Roma no se hizo en un día.
- Ya. Pero se hizo.

- Y nosotras vamos a hacer, ya lo verás. Local tendremos, aunque sencillo y a menudo vacío porque no estaremos en él. Horario, también, porque los padres tendrán que saber cuándo traen a sus hijos y cuándo vienen a recogerlos. Pero no habrá horarios de asignaturas; o no al menos establecidos de forma rígida, porque igual un día echamos diez horas seguidas en una excursión, que otro solo echamos cuatro en actividades deportivas u otro seis en visitar algún museo. Otros muchos tendremos actividades más tranquilas: en nuestro “local” trabajando y recapacitando seis horas o las que hagan falta.
- Y, si no está legalizado, ¿qué padres y qué madres van a querer apuntar en él a sus hijos? No van a poder obtener los títulos que se les exigen para cualquier trabajo.
- Nuestra relación con esos padres y madres se tendrá que basar en la confianza mutua y en un proyecto en común en el que todos trabajaremos a una. Y sí, es cierto; no van a poder obtener con nosotros esos títulos. Pero siempre podrán conseguirlos presentándose por libre a las instituciones que corresponda, si es que los necesitan alguna vez. Y mientras tanto estarán recibiendo una educación integral más humana, más capacitadora y más valiosa. Y, cuando menos, habrán librado a sus hijos e hijas de esos centros que se están

- convirtiéndose cada vez más en lugares de deseducación, degeneración, desorden, indisciplina y prejuicios de todo tipo.
- Mujer, no digo yo que sean un dechado de virtudes; pero tampoco es para ponerse así. Peor estarían en la calle.
 - Mira, Lucía: yo trabajo en uno y sé de lo que hablo. Y tú has estado estudiando en otro y tonta no eres, así que también me entiendes de sobra. Los centros educativos, y en particular los institutos de zonas urbanas, son jaulas de grillos y loqueros en los que unos cuantos chulos imponen su ley y su autoridad, que es bien desestabilizante y bien caótica. Los profesores, los pobres, en su mayoría funcionarios mediocres que saben poco más que abrir el libro de texto y seguir sus instrucciones con la mejor voluntad posible, se ven desbordados, apabullados y se sienten impotentes, cuando no acaban de baja por depresión. Y algunos alumnos, sobre todo, aunque también alguna que otra alumna, ya que están obligados al “encierro” en esa cárcel, que en el fondo de los fondos es como está concebida, para que no estén en la calle por ahí dando tumbos y aumentando el paro juvenil, hacen de las suyas. Eso de peor estarían en la calle es lo que piensan quienes no saben qué hacer con ellos y los tienen que tener “controlados” y recluidos. Si se los preguntas a ellos, desde

luego en la calle estarían mucho mejor, para tenerlos donde los tienen. Y, aquí, entre nosotras, y aunque me amarguen la existencia con su indisciplina y sus putadas: los entiendo. Yo, en su lugar, es probable que hiciera igual. ¡Qué leche! Si me queréis tener encerrado, dadme al menos algo que me guste, que yo no he hecho nada malo para que me encierren.

- Pero entonces, ¿no ves bien la escolarización obligatoria hasta los dieciséis años? Esa es una conquista progresista. Antes...
- Antes qué –le interrumpe Fátima, esta vez un tanto enfadada. Se nota con claridad que el tema la pone tensa.
- Antes tenían que estar trabajando con los padres de sol a sol. O andaban por ahí haraganeando y perdiendo el tiempo y la oportunidad de aprender.
- Si haraganeaban, desde luego no hay duda de que se lo pasaban mejor y, en sus haraganeos, también aprendían cosas que a menudo les eran más útiles que lo que aprenden en contenidos teóricos que no les interesan para nada y que, si es que llegan a aprendérselos, los olvidarán bien pronto; y eso cuando no es mero adoctrinamiento en los nuevos dogmas postmodernos lo que tienen que “aprender”. Y si trabajaban con sus padres, al menos estaban aprendiendo un

oficio y una conducta y trato con la gente. Ahora los obligan a trabajar gentes a las que no conocen ni quieren, en cosas que no les interesan ni les dicen nada y con normas que no entienden ni respetan. Buen cóctel para el progreso, sí señor. Si de verdad quieren ayudarles, que les ofrezcan cosas que les interesen, que ellos sientan útiles para la vida, con relaciones afectuosas y sin rigideces carcelarias. O, al final, lo que tienen es una cárcel sin carceleros y unas normas que se pueden saltar a la torera porque son tan débiles e insulsas como todo lo demás que hay allí.

- Entonces, ese centro acadé..., ese centro del que hablas, ilegal, según explicas, va a ser más bien para adolescentes, si no te entiendo mal.
- Seguramente, aunque tampoco hay que cerrar la posibilidad a edades más tempranas. Eso lo irá diciendo la propia realidad.
- Pero si están en edad de escolarización, los padres que lleven a sus hijos a ese centro, en lugar de a los oficiales, pueden tener problemas. Hay asistentes sociales, y por ley pueden multarlos o hasta quitarles la patria potestad.
- Ya vez lo democrático que es el Estado y lo progresista, ¿verdad? Tenéis que educarlos libremente, pero como yo diga. ¡Viva la constitución! ¿O era viva La Pepa? Sin embargo,

hay mecanismos. Ya lo he hablado con padres que están dispuestos a recurrir a la figura de “educación en casa”, que en algunos países europeos se utiliza con cierta frecuencia. Pero, es verdad que ese va a ser uno de nuestros principales problemas, sí; la lucha contra la burocracia y su intolerancia estatal. Pero todo se andará. Allah sabe más.

- Allah sabrá, pero los que podemos llevarnos el palo somos nosotros.
- Sí. Eso también lo sabe Allah –la risa desenfadada de Fátima distiende un poco a Lucía. No lo ve claro del todo y su tía parece leer el batiburrillo que se agita en su preciosa cabecita, pero no va a rendirse tan pronto.
- ¿Y les enseñaremos también física y química y filosofía y todo eso?
- Sí. Y hasta podremos utilizar cuando nos apetezca libros de texto, que tanto te preocupaba. Pero sin que sean estos los que marquen la pauta, ni los programas que un puñado de burócratas elaboran en sus despachos sin plantearse en serio para qué gentes van, ni para qué mentalidades ni entorno ni intereses. Y también enseñaremos cocina, por ejemplo.
- ¿Cocina? ¿A las chicas?
- ¡Ya estamos! ¿He dicho yo eso? ¿Es que los chicos no

comen? Cocina a todo el mundo. A las chicas también, que no es pecado saber hacerse comida sabrosa y sana, aunque seas mujer. ¿O es que son más libres si tienen que estar a expensas de otros para comer? En esta sociedad cada vez hay más gente sola; y si saben cocinarse, tendrán más fácil poder tener una alimentación sana sin depender de los criterios y la responsabilidad (o la no responsabilidad) de otros.

- Hay restaurantes. Yo trabajo en uno, no lo olvides.
- ¿Y eso no son otros? Pero, no te preocupes, mujer, que no le vamos a quitar el trabajo a tus compañeros, ni a ti. No se trata de no ir nunca a los restaurantes. Pero que tampoco haya que estar en ellos todos los días. ¿No te parece algo normal eso? Mucha gente come casi siempre fuera de casa y eso tampoco me parece bueno.
- Vale; pero los que comen en casa, casi siempre es la mujer la que cocina, y eso es machista e injusto.
- Eso cada vez es menos así. Y, en todo caso, también hay hombres que cocinan, que yo conozco algunos. Al fin y al cabo, mira los cocineros de la tele. Son casi todos hombres. Qué pasa, ¿que no sabes cocinar y te molesta aprender o enseñar a hacerlo a mujeres también?
- Yo freírme un huevo y hacer ensaladas claro que sé. Pero de

lo demás...

- ¿Y tus amigas?

- Más o menos como yo.

- Ah, creía que eso era a los hombres a los que le pasaba...

¡Ay, hija de mi vida! –otra vez la risa franca de su tía que la

desarma- No te preocupes, aprenderás también. Si cocinar,

en el fondo, es divertido. Es un poco como la alquimia: un

poquito de albahaca, otro poquito de pimentón... Mira, si no,

la de programas que hay ahora en la tele sobre cocina. No

los echarían si no hubiera público. Tú fíjate en la cocina de tu

restaurante... Por cierto, ¿tiene cocineros o cocineras?

- Cocineros.

- ¡Vaya hombre!, entonces no es un restaurante machista, y yo

que creía que sí por eso de las cuotas.

- Bueno, vale. Cocina también. Desde luego, esto es cosa de

locos.

- De los locos es el Reino de los Cielos.

- ¿No era de los niños?

- Eso es en el evangelio, no recuerdo si en el de Juan o en cuál.

Pero yo me refiero al de Jorge.

- ¿Qué Jorge?

- Uno que yo me he inventado. Estoy haciendo poesía y

recuerda, en ese aspecto, yo soy presocrática.

- ¿Qué? –Fátima se ríe a carcajadas- Desde luego, yo no sé cuándo estás hablando en serio y cuando en broma.
- Yo siempre hablo en serio, aunque estoy de broma; o bien de broma, pero una broma muy seria.
- ¿Y así quieres que te haga caso?
- Siempre me harás caso porque no me lo haces. O no me harás caso porque me lo estás haciendo...
- Claaaaro, y así siempre llevas la razón, ¿no? ¡No sabes tú na!
- Mira, Lucía, yo llevo ya muchos años dándome calamonazos ; así que si me escuchas y me haces caso, evitarás algunos de los errores que tuve yo. Pero si no me lo haces, igual es que necesitabas equivocarte por tu cuenta para aprender el error. La vida es así y yo lo único que pretendo es abrir mentes a la paradoja de la existencia y que cada cual, en este caso tú, saque conclusiones y aprenda a caminar.
- Pues a veces parece que te gustara enredar, más que aclarar.
- Dios escribe derecho con renglones torcidos, ¿no lo sabías?
- Pero tú no eres Dios.
- Pero aprendo de Él. Y Allah sabe más.
- Joé, con Allah... ¿Y cuándo quieres que empecemos?
- ¡Tranquila, mujer! Tenemos mucho que hablar y aclararnos

antes de tomar la decisión. No quiero saltar al abismo sin paracaídas. Tú sigue con tu contrato. ¿Cuánto te queda?

- Dos meses.
- Muy bien. Yo seguiré con mis clases. Si me voy procuraré hacerlo al menos al final de un trimestre, o incluso de un curso entero. Y mientras, nos vamos aclarando las ideas.
- Qué quieres, ¿comerme el coco?
- ¿Tú me has visto pinta de caníbal, niña? Además, eres demasiado lista y demasiado soberbia para eso. Pero no vamos a echar un huevo a freír, que eso ya sabes hacerlo. Tenemos que hablar de métodos, contenidos, formas... En fin, ponernos de acuerdo y tener claro lo que queremos.
- ¡Total!, rollo. Como si fuéramos a estudiar una carrera, vamos.
- Algo así. Pero sin academia.
- ¡En fin! Me voy que tengo que entrar a trabajar.

Se besan. Fátima se va contenta. Lucía no sabe si está contenta del lío en que se va a meter, o liada de lo contenta que se siente.



Yo quisiera entender el mundo interior de esta chiquilla. Estoy segura de que tiene una inquietud espiritual que me atrevería a decir que hasta la atormenta. Claro que, en este tiempo que le ha tocado vivir, a cualquier tormento, por muy leve que sea, hay que darle de lado, en lugar de enfrentarlo y sacar jugo de él. Y no te digo nada la muerte... Eso es tabú. No existe. O como si no existiese, porque existir, quieras o no, existe. Pero eso es algo que mejor ni mentallo; da repeluz. Claro, y así cualquier contratiempo es una catástrofe poco menos que apocalíptica. Y si la muerte te manda alguno de sus heraldos negros, ¡ay, Vallejo de mi alma!, el abismo abre ante ti sus fauces monstruosas y el absurdo te golpea como una patada en los mismísimos. Sé de lo que hablo porque lo viví. Y todos esos santones de la modernidad también me llenaron la cabeza de prevenciones y hasta de resentimientos. Menos mal que encontré quien me abriera la mente y me permitiera conocer, por ejemplo,

a ese machista de Nietzsche y a ese nazi de Heidegger, que los tenía “prohibidos”. Lo mío, por supuesto, era Freud, Darwin, Marx..., y sus secuelas de gurús de autoayuda y toda esa bisutería del pensamiento. Y no digo que no hayan aportado cosas interesantes; en mis clases de historia, por ejemplo, me fue muy útil Marx. Y para algún consejito concreto o para explicar cosas como los fósiles o las características de un determinado animal, Freud y Darwin no me vinieron mal. Pero de ahí a convertirlos en mi guía espiritual, va un abismo. El mismo que se me abrió con ellos cuando intentaba darle una explicación profunda al porqué de mi vida. Y de la de cualquiera. Y la muerte, y el dolor y el tiempo y la nada y el universo y el infinito y el amor y la soledad... Y la poesía.

Y fue entonces cuando descubrí que la matemática es como la poesía del universo y, de la misma manera que te explica leyes físicas, te plantea preguntas, a poco que seas inquieta e inconformista, que van más allá de los números y las leyes físicas. Y me encontré con misterios insondables que los descubrimientos de la física cuántica planteaban sobre la realidad que vemos, o mejor que creemos ver, pues justamente una de sus conclusiones es que con harta frecuencia nuestros sentidos nos engañan y eso de creer solo lo que se ve es propio de ignorantes y presuntuosos. Percibimos lo que aprendemos a percibir, y muchas cosas de la

realidad no están al alcance de nuestros sentidos; ni siquiera de nuestro sentido común, que es tanto como decir de nuestra razón. Y por eso Sócrates se me quedó pequeño y entendí que Antoine de Sant Exupery dijera aquello de que lo esencial es invisible a nuestros ojos, y los libros de Castaneda no me parecieron meros cuentos de un chiflado, y sentí que gente como Rûmi, Omar Jaiyán o Ibn al Árabi eran en muchos sentidos más modernos que tantos santones de las academias y las vanguardias de la modernidad; y no te digo nada de la posmodernidad. Porque el tiempo es relativo y tiene bucles, como demostró con sus fórmulas matemáticas Einstein. Y el alma humana no es un invento de esos traidores del espíritu que a lo largo de la historia vendieron sus funciones sacerdotales por un poco de poder.

Y lo que apena es no poder trasladar todo ese conocimiento que con tanto esmero y tanto dolor fui acumulando y entregárselo a Lucía como quien da una caja de bombones dispuesta para su degustación. Ella es como yo era, y en el fondo como sigo siendo: rebelde, inconformista, soberbia, incansable buscadora y, en principio, reacia a cualquier autoridad, aunque tenga incrustadas muchas autoridades de las que ella misma no es consciente y que siente como pautas de modernidad y liberación. Y solo lo son a veces. A menudo son, más bien, prejuicios nuevos que cambió por

los antiguos y pesadas cargas que taran sus pasos y cercenan lo mejor de sí. Pero eso es algo que tendrá que ir descubriendo poquito a poco. Y en el camino, insha Allah, si puedo la ayudaré y ella me ayudará a mí con su alegría y si vitalidad.



Mi tía me confunde y, a veces, me exaspera. Y el caso es que, como le pasa a todos esos politiquillos con los que en ocasiones se encuentra, me produce un respeto extraño que ni yo misma sé explicar. Se le ve tan segura de sí misma, a pesar de esa reserva distante que le hace intervenir en contadas ocasiones, como si no quisiera malgastar energías en las miserias que zarandean a los mortales, que cuando habla tendemos a escucharla casi como un oráculo. La mayoría de las veces ella observa, a veces deja escapar una sonrisa burlona que, con toda seguridad, hubiera preferido que no se le notara; como si hasta sus emociones más hondas y la socarronería de su pensamiento fuera un terreno vedado al común de los mortales. ¡Qué coño de vieja!, y encima que ni vieja parece.

Yo la quiero mucho, de verdad. Pero no acabo de tener claro si es uno de esos genios locos, o es solo eso, una loca ´Pitres que por el camino ha perdido unos cuantos tornillos y que sabe llevar

su locura con tal elegancia que a los demás nos intimida y nos hace pensar otra cosa.

Pero, dime tú, si me enseña, después de toda la comedura de coco de los curas en el catecismo y de las monjas en los estudios, que la iglesia no es más que un órgano de poder, corrompido y cómplice con los otros poderes para perpetuar un mundo de injusticias, desigualdades y explotación de clases, hasta el punto de hacerme renegar de la religión..., ¡y pilla y se hace musulmana! ¿Eso por dónde se agarra?

¿Acaso ya no es la utopía la estrella que alumbra el camino, aunque no llegemos a tocarla? ¡Pues no!, que ahora es poco menos que un pájaro engañatontos que te hace correr tras ella como un iluso desperdiciando el aquí y el ahora. ¡Y espérate!, que ese aquí y ese ahora ni siquiera es el Carpe Diem que uno supone a bote pronto del “a follarse a follarse, que el mundo se va a acabar” ¡Ni mucho menos! Es un aquí y un ahora pleno de responsabilidad y más recto que un pabilo. ¿Cómo es la palabra que me soltó un día? Ah, sí: ¡la excelencia!, que, de alguna manera, me recordó a aquella otra del D. Juan, de Castaneda, que, por cierto, también leí por culpa suya: la impecabilidad. Aunque no tengan nada que ver porque ahora Castaneda también es agua pasada y la excelencia incluye también cosas como la nobleza de carácter y el dar lo mejor de sí en cada

momento y en cada circunstancia, como si cada instante, y en eso sí coincide con D. Juan, el brujo yaqui, fuera el primero y el último de la existencia. ¡Muy bonito!, pero, ¿dónde se queda lo de la religión como opio del pueblo? ¿Es que, acaso, se llame superestructura ideológica o como se quiera llamar, ya no es una forma de alienación de las masas, que así se conforman con la realidad tal como es y dejan de aspirar a otro mundo más justo e igualitario? Y si ya no son la lucha de clases y las diferencias sociales y la desigualdad y el hambre los motores para mejorar el mundo, ¿cuál es el motor?, ¿un hipotético Dios, llámese Yhavé o Allah o Periquillo, que nos habla desde las nubes o a través de sus profetas? Si ella me hizo racionalista y me acabó llevando a la incredulidad, ¿cómo me voy a tragar ahora todo eso? Y el caso es que no ha intentado convencerme de nada. Nunca lo intentó; ni siquiera cuando tiró por tierra todos mis castillos escolásticos y cristianoideos para llevarme al ateísmo. Ella se limitaba a plantearme preguntas y, a veces, a exponer sus respuestas. Pero lo hace de tal manera, la condenada, que me sacude por entero. Pero esta vez que espere sentada. Si lo que pretende es que piense como ella, ¡aviada va!

LAS DOS

- Muy buenas, tía, ¿cómo estás?

Cuando llega Lucía, Fátima ya está tomando su café, pues llegó antes. Se ha acercado el camarero y Lucía le ha pedido un cortado.

- Muy bien, alhamdulillah. ¿Y tú?
- Perfectamente. Bueno, hoy de qué vamos a hablar. ¿Sabes? Me gusta este tipo de universidad, en que te preparan tomando café en el bar. Ojalá mi carrera hubiera sido así.
- Je,je,je –la risa de Fátima resulta estimulante a su sobrina- ¿Sabes una cosa?, aprendí más en mi carrera de maestra en un día de huelga en el que los alumnos nos reunimos en los pasillos para intercambiar experiencias y lecturas, que en todos mis años de estudios.

- ¿Qué clase de huelga es esa?
- ¿Qué te crees, que solo hay huelgas en que la gente se va a su casa a ver estupideces en la televisión o a la calle a gritar como energúmenos o irse de botellón? Pues no, nosotros sacábamos las sillas de clase, hacíamos círculos en los pasillos y a hablar de lo nuestro. Así conocí el método Freinet, por ejemplo, del que en toda la carrera mis profesores ni lo mencionaron. Y eso que el de pedagogía tenía fama de bueno. Tan bueno era que a sus clases asitíamos casi un 10 % del alumnado.
- ¡Jo!, ¿y así era en todas las clases?
- No. En la mayoría asistía entre un 70 y un 80 % del alumnado. Pero es porque los profesores eran pura mediocridad y no asustaba oírlos. Este que te digo tenía una ironía que desarmaba. Leía en voz alta las barbaridades que le ponían en los exámenes y eso a algunos los mataba. Recuerdo una vez que, no sin advertirnos antes de que no volvería a hablar de que alguien había vivido “a caballo” entre dos siglos, leyó un comentario que había puesto una chica al hablar de no recuerdo quién y en el que decía: fulano de tal “nació” -al decir esa palabra Fátima imita el gesto que hizo su profesor de ir cabalgando- a caballo entre los siglos XIX y XX. La risotada

general fue tremenda y la pobre chica pareció encogerse, roja como un tomate, en su pupitre. Otra que no volvió por sus clases. Luego nos pedían los apuntes los que no aparecían.

- ¿Es que tú eras de las que iban?
- Solía ir, sí. A mí me divertía.
- Claro, como no se metería contigo.
- Tal vez –sonríe y eso a Lucía siempre la desarma-. Aunque no te creas que a mí me importaba mucho que se metieran conmigo. En una ocasión el de psicología hizo alusión a cierta gente que, como no sabe cómo llamar la atención, les da, por ejemplo, por llevarse ratones a clase, y el hombre no sabía que yo unos días antes había llevado uno; muerto y podrido, pero ratón al fin. Lo había llevado para que diera olor al abrir el bote. Todo el mundo me miró y hubo risas que el profesor ni entendió. Yo sí, pero me resultó divertido. El de pedagogía, una vez hablando de la vocación como de algo que a un enseñante no le puede faltar, recuerdo que nos dijo que había preguntado en una ocasión a sus alumnos cuando daba clases en bachillerato si alguno tenía clara su vocación. Y hubo uno que levantó muy resuelto el brazo y, al darle la palabra, dijo: yo tengo vocación de registrador de la propiedad. Y el profe le contestó: usted lo que tiene es vocación de rico.

Soltamos una carcajada que se oyó en los pasillos. Yo me lo pasaba bien con él. Y además era de los pocos que aprobaban en sus clases. De hecho, en una ocasión se me acercó en medio de un examen y estuvo registrando todos mis folios, uno por uno, porque no se creía que los escribiera yo, ¡el muy puñetero!

- ¿Y eso?
- Siempre se me dio bien escribir. Y eso de la pedagogía es algo tan etéreo que con tal de que sepas explicarte, siempre puedes decir algo. Yo no era una gran estudiante. De hecho, cuando nos reuníamos a estudiar ocupaba más tiempo en dar bromas que en concentrarme en los apuntes. Pero leía mucho por mi cuenta y eso me daba siempre cosas de las que hablar, aunque el tema propuesto solo lo tocara de refilón.
- ¿Y cómo es eso?
- Pues siendo, chiquilla. Tú, si quieres, con lo lista que eres, puedes hacerlo mejor que yo.
- No te entiendo.
- Mira, con un ejemplo seguro que me vas a entender mejor. En las oposiciones me tocó un comentario de texto sobre el Lazarillo de Tormes. Si te digo la verdad, por entonces apenas si había leído algunos trozos de él, que ahora sí lo he leído

entero y te lo recomiendo si no lo has leído.

- Sí lo he leído.
- Ah, pues entonces sabes lo divertido que es. Bueno, el caso es que yo, por entonces, no; o al menos no del todo. Lo conocía, claro, había visto incluso alguna película basada en él. Pero lo que, en aquel tiempo, estaba leyendo era a Marx y su visión de la historia como lucha de clases. Así que me enrollé sobre el entorno histórico en el que se escribió el libro y cómo una burguesía naciente le iba comiendo el terreno en lo económico a la aristocracia, que a su vez intentaba hacerse fuerte en lo ideológico con la represión y la contrarreforma y todo eso. ¡En fin!, no te voy a dar ahora una clase de algo que ya sabes. El caso es que, solo al final, y en apenas media página, hablé de lo que recordaba de la peli y el anonimato del autor, relacionándolo a mi manera con todo lo anterior, que eso sí me había ocupado varias páginas.
- ¿Y aprobaste?
- Pues por qué te crees que trabajo con plaza fija. Me pusieron un cinquillo pelao. Aquello se ajustaba tan poco a lo que había en los temarios y a lo que esperaban los del tribunal, que no se atrevieron a ponerme buena nota; pero tampoco a suspenderme.

- ¡Me cago en! ¿Y con eso aprobaste las oposiciones?
- Bueno, no solo con eso. El peor examen era el oral. No sé cómo lo hacen ahora. Entonces había que sacar de un bombo, y eso está bien: ya te están aclarando que aquello es pura lotería, unas bolitas. Sacar las bolitas del bombo, ¿vale? Esos números que sacabas indicaban los temas que te tocaba desarrollar, de un temario de unos cien temas. Y yo no me había preparado ninguno. Nunca tuve claro que mi vocación fuese la enseñanza, así que me presenté a las oposiciones más por ver cómo eran que por querer sacarlas.
- ¿Y las aprobaste?
- Pues ya lo ves. Sí. Y me vi dando clases sin tomarlo ni beberlo. Ni siquiera la carrera la había estudiado con convencimiento. Elegí esa más por estar con mi amiga Julia, que la había elegido, que porque me gustara en especial.
- ¿Y cómo fue el examen oral?
- Pues mira. Te voy a contar un secreto que alguien me enseñó y que me vino muy bien. Igual algún día te sirve a ti para otro rollo patatero de esos de oposiciones y esas locuras que vuelven locos a los lumbreras de la burocracia. En las carreras de letras, en las ciencias exactas no tanto porque los números no son tan maleables, la historia da mucho de sí

- y puede servir lo mismo para un roto que para un descosido.
- ¿La historia?
 - Espera, espera..., a eso voy. Te pregunten lo que te pregunten, para llegar a lo que tenemos hoy día han tenido que ocurrir una serie de cosas que han ido evolucionando. ¡La evolución!, ya lo dice uno de tus santones.
 - ¿Qué santón? Yo no tengo santones. Sabes que soy atea.
 - Bueno, bueno, de eso hablaremos otro día. Ahora estamos con la historia –Lucía la mira con esa cara tan graciosa que pone cuando no se fía de algo, pero está tan interesada en ese secreto que dice su tía que le va a contar, que no quiere ahora una polémica que la distraiga, así que calla y Fátima, que lee su interés, continúa-. Si te preparas una introducción histórica que explique cómo ha evolucionado la sociedad desde los inicios de nuestra civilización, me refiero al Renacimiento y el nacimiento del capitalismo en todas sus facetas, que antes de eso puede ser más complicado relacionarlo con nuestros modelos actuales, aunque para según qué cosa, hasta podría servir algo más antiguo incluso...
 - Pero no siempre es fácil relacionar eso con según qué cosas...
 - Pues a mí, en literatura, me sirvió para el comentario del El lazarrillo, y en pedagogía, que era lo del oral, lo metí en uno

de los tres temas. Claro, había preparado una introducción histórica de la historia de la pedagogía. Elegí el que se llamaba: globalización como método. Fíjate qué título. Hoy día parecería que hablamos de economía; pero en aquel caso era de metodología: el método global en pedagogía. Algo que me sonaba de la carrera, pero poco; sin embargo, yo me había preparado el tema comodín de historia de la pedagogía y con él me enrollé hasta llegar al método global como consecuencia de todo ese camino. Como no tenía nada que temer, pues lo daba todo por perdido, hablaba despacito y con autoridad, bebía un sorbito de agua de cuando en cuando y, cuando no sabía qué más decir de algo, comentaba con displicencia: y no me alargaré más en este asunto para no desviarme del tema principal. Alguno del tribunal, que ya debía estar escamado con lo del Lazarillo, noté que me miraba como diciendo: ¿pero esta de dónde se ha escapado? El caso es que no me hicieron ninguna pregunta. Como me había alargado mucho en ese tema, no tuve más remedio que decir en los otros cuatro cosas de puro sentido común y algo de lo que, a duras penas, recordaba de la carrera. Pero lo justifiqué diciendo que tenía que ceñirme a lo esencial para no dilatar mi exposición y pasarme del tiempo del que

disponía. Tampoco me hicieron preguntas; para mí que les asustaba porque no se sentían muy seguros en el terreno que pisaba yo, ajeno a los temarios. Si te digo la verdad, ya me ha pasado en otros sitios.

- Ya me lo imagino –Lucía piensa en sus debates políticos de uno y otro género y la incapacidad de unos y otros para catalogar y saber de qué pie cojea o por dónde meterle mano sin quedar con el culo al aire. Pero no dice nada y, por la sonrisa de su tía, sabe que le está leyendo el pensamiento; ¡la muy jodida!
- El caso es que aprobé esa gilipollez de las oposiciones y aquí me tienes, de funcionaria ya la tira de años.
- Oye, ¿no eres tú muy mal hablada para ser musulmana?
- Tienes razón, niña. Pero es que a mí el Islam me pilló ya muy maleá para regenerarme hasta ese punto. En otras cosas, sí. Y, de todas formas, según cuándo y con quién, me cuido más. Pero entre nosotras estamos en confianza, ¿no?
- Claro.
- ¿Ves? Pues por eso. Allah sabe más y Él me perdonará estos fallos; no es eso lo más importante en cuanto a la nobleza de carácter. De todas formas, te agradezco el toque de atención. Procuraré ser más mirada en mi lenguaje, qué coño.

- ¡Ahíiii! –Lucía no puede evitar una carcajada y su tía sonrío al verla así.
- ¡Uf!, no era de esto de lo que quería que habláramos, pero el hombre propone y Dios dispone –mira su reloj-. Tengo que hacer unas cosillas y ya no nos va a dar tiempo de hablar de lo que quería, con tranquilidad, así que mejor seguimos otro día –se pone de pie-. Voy a la barra a pagar. Nos llamamos. Muá –le tira un beso.
- No, deja, pago yo.
- La próxima.

Paga y se va, despidiéndose con la mano desde la puerta. Lucía se queda para apurar su café y, como no sabe qué pensar, suspira y toma un sorbo.



Esta chiquilla, Lucía, es un encanto. Apenas con su presencia, pues casi no abrió la boca en todo el rato, me transmitió una alegría difícil de explicar, pero que se siente en el estómago. Su risa es como una recarga de batería. Y su mirada me da fuerza y coraje de vivir. Por eso la quiero a mi lado en ese proyecto, no importa que algunos prejuicios y actitudes inculcadas por estos tiempos de desvarío y pobreza espiritual le hagan cargar con pesos muertos que le estorban en su paso decidido y su caminar vitalista por la existencia. Y en cuanto eche a andar pronto irá deshaciéndose, siquiera sea por inercia, de fardos innecesarios y pesos muertos que no traen otra cosa que angustia y desasosiego.

Al final, sin ella pretenderlo, me acabó llevando a tiempos de juventud creativa y buscadora, que, incluso cuando actuaba con la inconsciencia de aquella edad, rompía moldes y buscaba caminos de liberación y aire fresco. Pero es que, además, también

los buscamos de forma consciente y huíamos de diversiones prefabricadas, encorsetadas y manipuladas por negociantes que no tenían otro afán que acaparar dinero como fuera y a costa de lo que fuera. Para nosotros, jóvenes como éramos, acabar en una discoteca o en cualquier establecimiento al uso para tener que divertirnos, era toda una derrota. Preferíamos acabar en las calles de un polígono industrial, de noche y con todo cerrado ya, recogiendo rulos de cartón de los contenedores de basura y formar una guerra a rulazos, o ir a bañarnos en un pantano solitario y lúgubre a la luz de unas linternas de juguete. Y eso si no saltábamos las tapias del cementerio, como románticos trasnochados de alguna aventura de Byron o Shelly o Poe, a reflexionar o a susurrar canciones melancólicas sobre las tumbas. Y, de seguido, eso los chicos, que nosotras ahí nos conformábamos con divertirnos escuchándolos a sabiendas de que la fuerza se les iría por la boca, apostar a ver quién de ellos se atrevía a pasar la noche, solo, metido en el cuarto de las autopsias. Al final ninguno lo hacía, y eso ya lo sabíamos nosotras desde que empezaban con sus bravuconadas. Pero era divertido escucharlos y hasta darle ánimos a alguno que se ofrecía, para ver la chispa que se le encendía en la mirada, aunque luego siempre encontrara la excusa para no hacerlo. De hecho, si alguno llegaba al punto de parecer dispuesto a hacerlo de veras, alguna

de nosotras decía un simple: estáis locos; y eso era suficiente para cambiar de tema entre risas cómplices. ¡Madre mía! Aquel cuarto frío y desangelado, que hacía siglos que no se usaba, pero allí lo tenías delante, como una cabeza monstruosa con sus fauces abiertas esperando tragarse al primer ingenuo que osase atravesarlas para arrastrarlo a su submundo de espectros y de demonios. La mayoría eran bastante incrédulos (de Dios, que de la nada como creadora, sí que eran creyentes); pero cualquiera de ellos recordaba el viejo chiste gallego de “haberlas, haylas”. Si ni siquiera se molestaban en cerrar aquel tétrico cuarto, a sabiendas de que nadie se le iba a ocurrir entrar en él para nada, pelado como estaba y con aquel camastro, o lo que fuese, de mármol negro, más frío que la propia muerte. ¿Habían abierto allí alguna vez de verdad un cadáver? ¡Buf! De punta se nos ponían los pelos solo de pensarlo.

Pero esta juventud de hoy ya ni sabe que ese cuarto exista; si es que existe todavía, claro. Al cementerio van el día de los santos y como quien va de excursión al Retiro o a ver los barcos en el puerto. Su tiempo lo ocupa ese agujero eléctrico que llevan en el bolsillo para ver cuántos Me gusta han puesto en el Facebook, los mensajitos insulsos llenos de emoticones y frases hechas, y cuando no esos botellones en que “matar” el tiempo, como si este fuera un enemigo al que liquidar para olvidarse del vacío de su existencia, en

lugar de un cómplice para hacer el camino y que este sea intenso y repleto de emociones y conocimientos genuinos y valiosos. Menos mal que Lucía, al menos, del botellón se libra. No digo que no beba y se maltrate un poco, de cuando en cuando, esa máquina delicada de su cuerpo; pero al menos rehúye las rutinas abúlicas y cansinas de estar bebiendo como cubas y hablando de cosas insustanciales horas y horas, como muñecos insulsos que no saben qué hacer con sus vidas. ¡Y la universidad! Pobre dechado de rutinas. Una especie de almacén de oficinas en las que sacarse títulos, hacer currículo, obtener créditos, coleccionar publicaciones que apenas aportan otra cosa que refritos de cosas ya dichas, pero que hay que juntar cuantas más mejor para asegurarse un puesto en algún sitio. Sitio que, al final, será otra oficina inútil en aquel inmenso almacén de oficinas que amontonan datos y nombres, uno tras otro, como si un inagotable síndrome de Diógenes les obligara a llenar estantes, discos duros, cajones y ficheros de tanta basura de desecho, “por si alguna vez puede servir para algo”.

¿Cómo no van a sentir esa inmensa sensación de absurdo y de vacío? La hermosura del campo y la transparencia de las aguas salvajes, y la grandeza de las montañas son solo estampas de un álbum que hojear, o imágenes de Facebook a las que dar Me gusta; o, con mucha suerte, un día de excursión en el que desahogar un

poco la ansiedad cotidiana de su frustración perpetua. En fin; yo quiero, con toda la modestia de una simple persona, insignificante en la marejada que todo lo mueve, revuelve y embarra, contribuir a crear pequeños espacios de libertad y autodomínio, de armonía con lo que te rodea y de capacidad para elegir y crear y vivir de una manera noble, serena, feliz a veces y atormentada otras, pero con el tormento que produce la pasión de vivir, no el impotente tormento del absurdo, del vacío, de la incomprensión de las corrientes que te arrastran, marean y confunden hasta dejarte tirado, como un guiñapo inservible, en medio de la destrucción y del sinsentido. No y no. Mientras me quede un levísimo aliento de vida, buscaré la luz y la voluntad de ser, contra viento y marea. Cuento con el apoyo de Allah, que es El Más Grande. Y voy a contar, insha Allah, con Lucía.



Esta tía mía, a veces, me apabulla. No sé si antes eran mejores o peores tiempos que estos; mi tía incluso conoció, aunque fuera de refilón y ya acabando, la dictadura de Franco y todo eso y, por lo que cuentan, no les envidio la suerte. Pero si comparo lo que me narra sobre su juventud y lo que yo vivo con mi gente, tampoco me siento especialmente privilegiada, que digamos. También tenían paro, pero al menos los contratos eran decentes. La universidad era tan muermo como ahora, pero ellos se inventaban cosas alternativas y se saltaban a la torera normas y malos rollos, mientras que a mí me ha tocado un tiempo en que todo es modosito, cada cual va a lo suyo, pendientes del currículo y los puntos. Y hasta las comas, joder, que no encuentro a dos que sean capaces de mear fuera del plato. Y de las diversiones, para qué hablar. O te mueres de asco en conversaciones tan anodinas como estériles entre botellón y botellón, bebiendo mierda por ríos para destrozarte los riñones la

antes posible y el coco con tanta gilipollez, o vas de vía crucis por bares de tapeo hasta que el cansancio y el hastío se tragan la noche como si un sumidero gigantesco hiciera de agujero negro que se va tragando la desesperación y el aburrimiento en su gravedad infinita. ¡Vaya una mierda de juventud! Que yo, al menos, me muevo entre colegas que quieren que las cosas cambien y se muevan un poco. Y hasta, de cuando en cuando, salimos por la sierra o nos vamos a playas desiertas a enrollarnos bien o formamos nuestras propias fiestas en casa de algún amiguete o, qué coño, leemos libros interesantes, vemos pelis que no sean para descerebrados a base de cuatro efectos digitales, dos mamporros y un polvo de ocasión, o nos vamos por ahí a recorrer mundo o a organizar una quedada contra alguna pijadita de los capullos de siempre y cosas así. Pero, al final, mierda empapelada. Todo sigue igual y la rutina acaba comiendo la moral hasta la náusea. Y el caso es que también es necesario algo de rutina. Cuando me voy por ahí un tiempo con algunos colegas o algún pringaílo o pringaílla de turno, al final ese estar sin raíces, como pollo en corral ajeno o como papel que el viento zarandea, también me acaba cansando y acabo necesitando volver a lo conocido: mi casa, mi gente, mis libros, mi cocinita... Vamos, que harta de dar tumbos de plaza en plaza y de poyete en poyete, acabo por extender el dedo, como ET y suspirar diciendo:

Mi caaaasaaaa. Y cuando regreso, los mismos olores familiares que tanto me hartan con frecuencia, me parecen gloria bendita y se me agarran al corazón como una caricia. Será aquello de que siempre queremos lo que no tenemos. O lo del griego famoso, no sé si Sócrates o Platón o alguno de ellos, que dijo aquello de que “hagas lo que hagas te arrepentirás”. ¡Qué jodidos griegos! Tanto que hace que vivieron y parece que ya sabían lo que nos iba a pasar a los demás. Y si hablamos del amor..., para echarse a llorar. Porque me hincho de llorar como una tonta con todas esas películas tipo “Los puentes de Madison” y similares, siempre añorando el amor y hablando de él como fuerza que mueve al mundo, y parece que el hijoputa se escondiera donde nadie lo pueda encontrar. Lo que me gustaría a mí enamorarme de esa forma ciega y angelical que te hace ver el mundo lleno de colores y como una fiesta en continuo incendio de alegría. Pero luego todo lo que encuentro es relaciones ligeras, rápidas, superficiales, con cuatro polvos, si los hay, y si te he visto no me acuerdo; celos, luchas de poder, miserias varias y un agobio que te come la moral. ¡Bendita libertad!, sí, pero le podían dar por ahí si es a costa de esa soledad y ese hastío que se hacen dueños de la vida y la existencia. ¡Jo!, vaya una leche; que se pone una a sacarle punta a las cosas y acabas hecha leña. Porque lo de la ecología, otra cosa igual: mucha ecología y mucho respeto al

medio, pero eso tendría que empezar por uno mismo, ¿no? ¿O es que nuestro cuerpo no forma parte del medio? ¡Vaya si lo forma! Lo forma tanto que si los cuánticos esos tienen razón, y parecen unos tíos muy listos y muy puestos, somos nosotros los que creamos el medio a la medida de nuestra percepción, que es algo parecido a lo que explica Castaneda con todo aquello de los desnates y la manera de “ver” la realidad, que no es como la percibimos. Y a saber lo que percibe cada cual y si cada uno vivimos un mundo distinto y “sui géneris”. Y aunque no fuera así, ¿cómo se entiende que hablemos de no echar porquerías al medio ambiente y luego metamos en nuestro cuerpo líquidos, humos y sustancias varias que sabemos que lo dejan para el arrastre, aunque nos preste un poco de paraíso artificial?, ¿y a cambio de qué? Y luego, encima, pendientes de mundos virtuales que solo existen en nubes electrónicas, aparatitos controlados por alguna multinacional y cuatro mentes enfermas, pendientes de acaparar riqueza y propiedades como posesos usureros. Y nosotros mientras, dale que te pego al aparatito, como si nos fuera en ello la vida. ¡De pena, tío! En eso tiene razón mi tía. Y si es capaz de poner en marcha algo en que podamos ayudar a espabilarse y encontrar otro camino, aunque sea a quince o veinte chavalines, que cuente conmigo. Al fin y al cabo, también nosotros vamos a poder aprender a superar nuestras contradicciones y ser

de verdad más libres. Pero con una libertad genuina, no la de las consignas y los gritos.

LAS DOS

- Bien, sobrina, hoy quiero que me cuentes, sin tapujos, lo que más te preocupa de esto que traemos entre manos. Te conozco bien y te veo como entreverada; sé que hay algo que te tiene atenazada y quiero que seas franca conmigo de todas, todas. Yo también lo soy contigo. Aquello de “la confianza da asco”, vamos a dejarlo a un lado. Aquí, entre nosotras, la confianza es un grado y lo que queremos hacer no es fácil. Ir contracorriente de todo lo establecido y sin protección de leyes ni de historias, sino más bien con ellas en contra, no es moco de pavo. Así que lo menos que podemos hacer para que esto funcione es no andarnos con remilgos y abrirnos los corazones hasta donde nos sea posible, que tampoco te pido que me cuentes tus sueños eróticos.
- Qué cosas tienes, tía... Como que yo te iba a contar a ti eso.
- Pues por eso lo digo. Pero a ver, con toda franqueza: Qué te

preocupa. Qué te tiene tan envarada, con lo parlanchina que tú eres.

- Tía, por una parte, es el respeto que te tengo.
- Pues que le den al respeto. Ahora quiero, no que me faltes al respeto, que eso sirve para poco, pero que seas sincera sin miedos ni reservas.
- Vale. Pues dos son las cosas que más me preocupan.
- A verlas.
- La primera son los padres –como calla unos instantes, como esperando respuesta, Fátima interviene.
- ¿Qué pasa con los padres? ¿Todavía no hay alumnos y ya temes a los padres?
- Me has dicho que sea sincera, ¿no?
- Por supuesto. Perdona, a ver, sigue, sigue...
- Tú me has dado a entender que ya estás en contacto con algunos padres interesados, que no le temen a la ilegalidad e incluso estarían dispuestos a buscar cobertura legal como la educación en casa y eso, ¿no?
- Sí, así es.
- Supongo que son musulmanes, como tú...
- ¡Aaaamiga!, ahí está el problema, ¿no? Te aseguro que no son terroristas ni sienten el más mínimo respeto ni simpatía por

esos zumbados de por ahí que se las dan de musulmanes y a saber quién los mueve.

- No es eso, tía. Ya sé que no sois terroristas ni tenéis nada que ver con todo eso. Pero tú, por ejemplo, llevas pañuelo.
- ¡Vaya una cosa!, ¿y no llevas tú pilsin en la nariz y otro en el ombligo, que te lo he visto alguna vez en la playa?
- Pero yo los llevo porque me da la gana.
- ¿Y yo no? Mira chiquilla, a mí nadie me obliga a ponerme el pañuelo. Te podría hablar de razones históricas, sociales y hasta estéticas, pero te las voy a dar poéticas: lo llevo porque me sale del coño.
- ¿Eso es poético?
- Es una metáfora, porque si lo tomas de forma literal, no me cabe ahí.
- Jolín, tía...
- Vamos a ver: primero, que no siempre lo llevo. Segundo, que así me veo más guapa; luego vienen otra serie de razones que ni te voy a explicar. Pero tercero, y más contundente: a mí nadie me obliga a llevar o dejar de llevar lo que me salga de mis ovarios. Y cuanto más despotrican esos fascistas progres franchutes y esas feminoides indefinidas y obtusas, más ganas me entran de ponérmelo. Pero a ti nadie te va a

obligar a que lo lleves. ¿Es eso lo que te preocupa? Porque supongo que tampoco le prohibirás a nadie que lo lleve, si quiera llevarlo.

- Claro que no. Hasta ahí podríamos llegar. Pero, ¿y si, por ejemplo, me pongo minifalda?
- Pues seguramente a algunos padres, que las llevaras cuando estás dando clase a sus hijos, no les iba a gustar. Quieras o no, eres modelo a imitar para tus alumnas. ¿Tan problemático sería para ti no ponértela cuando estés con tus alumnos y alumnas?
- ¿Qué tiene de malo la minifalda?
- No se trata de una cuestión moral, cuanto de actitud. A los musulmanes y musulmanas nos parece una prenda que sugiere seducción y provocación confusas e innecesarias.
- Vamos, que porque me ponga una minifalda soy pocos menos que una puta.
- No se trata de eso, Lucía. Pero no hay necesidad de ir dando alimento a los cuatro rijosos, o a los cuatro mil, que andan por ahí babeando como salíos.
- Es su problema.
- Y el de llevar minifalda y convertirte en centro de su atención, es tuyo.

- Pues que no me atiendan.
- Y que se hagan un pajón por ahí, ¿no?

Lucía se retrepa, sorprendida.

- No hace falta ser tan grosera –increpa a su tía.
- Los hechos pueden ser más groseros que las palabras. Y para un padre o una madre musulmanes, ver a una maestra dando clase en minifalda a un hijo o una hija suyo es una grosería. ¿No puedes entender eso?
- O sea, que no podré llevar minifalda.
- No cuando estés de maestra en mi centro. Luego, tu vida es tuya; tú sabrás lo que haces con ella. Mira, tampoco yo me pongo pañuelo cuando voy a mi instituto a dar clase, aunque solo sea para no tener que estar dando explicaciones cada dos por tres, ni que me miren con mala cara. Tampoco es tan importante eso y, desde luego, no es imprescindible. Si estuviera en Francia, me lo pondría aunque fuera nada más que por dar por c..., por dar que hacer a esos gilipíchilis progres, o que se tienen por tales.
- ¿Y por qué no te buscas a una musulmana para dar clases, en lugar de a mí?
- Porque me pareces una gran persona, porque eres inteligente

y quiero alguien inteligente para enseñar, porque tienes empatía, que es una cualidad muy necesaria para enseñar y muy difícil de encontrar, porque eres noble y abierta y capaz de enfrentarse a cualquier clase de prejuicios; hasta a los que siempre son más invisibles y difíciles de atajar, porque eres joven y estás preparada, porque eres mi sobrina y tenemos confianza suficiente como para decirnos perrerías y que no perdamos el cariño y el respeto que nos tenemos... -se para Fátima y observa la actitud de Lucía, que mira atenta con sus ojos grandes y límpidos que apenas parpadean. Continúa al verla expectante- Y hay una última razón contundente y poética.

- ¡Ya! –le interrumpe Lucía- Me conozco tus razones poéticas, como la del tipo del chiste que cuando le preguntaban la hora se miraba la bragueta para responder.
- Sí, pero en femenino, vamos.
- ¿Y tú crees que esos padres tuyos aceptarán que una maestra no musulmana dé clases a sus hijos?
- También hay algunos padres que no son musulmanes; aunque desde luego ninguno es islamófobo ni rechaza escuchar de cuando en cuando oír hablar de Dios.
- ¿Ves tú? Esa es la otra cosa que me preocupa.

- Esa ya la suponía. Pero nadie te va a obligar a que tú creas en Dios. Ya te dije que no es mi afán comerle el coco a nadie, y mucho menos a alguien tan testaruda como tú.
- ¿Y entonces? ¿Quién les va a hablar, aunque sea de vez en cuando, como dices, de Dios?
- Ya lo haré yo, cuando se tercié. En tu caso basta con que no hagas proselitismo de tu religión.
- ¿Qué religión? Ya sabes de sobra que paso de religiones. Yo soy atea.
- Pues eso mismo. El ateísmo es, si cabe, y en muchos casos así es, la religión más dogmática y proselitista que hay. He visto imponer sus creencias a todo el mundo, y hasta algún apóstol del ateísmo he visto por ahí desfilando con pancartas a favor de la razón, como si esta fuera por principio contraria a la existencia de Dios.
- ¿Qué creencias, si son ateos?
- Mira, Lucía, alguien que “cree” honestamente que todo lo que existe, hasta la conciencia y el alma humana, surgieron de la nada y por puro azar evolutivo llegaron a ser lo que son, puedo respetarlo como “creyente” de eso. Pero si pretende que su creencia es una demostración científica que no tiene discusión, entonces es un dogmático y estoy muy harta de

dogmas e inquisiciones. Ya las sufrimos bastante y hasta las sufrieron los científicos que utilizaban la razón para el conocimiento científico, sin necesidad de convertirlo en dogma de fe.

- Pero es que las demostraciones están ahí...
- Claro; eso si conviertes a científicos que descubrieron algún proceso físico o empírico en santones que explican la razón de ser y de existir.
- Como cuál.
- Pues anda que hay pocos... Darwin, por ejemplo, y peor que él muchos de sus seguidores-apóstoles. Vale que la evolución explique procesos de selección natural y surgimiento de especies por adaptación al medio; pero, ¿explica eso la aparición de la vida, o el surgimiento de la conciencia en el alma humana?
- Pero los fósiles están ahí.
- ¿Y qué “demuestran” los fósiles? Que hubo especies animales.
- Y homínidos –interrumpe Lucía.
- Eso es solo un nombre. Lo único que sabemos es que hubo especies animales que andaban a dos patas y usaban piedras, como las pueden usar los simios actuales, o incluso algunos pájaros, y que desaparecieron.

- ¿Y los neandertales?
- ¿Sabes que tenemos en nuestro ADN genes neandertales? Y, por lo que parece, eran más blancos que los sapiens que llegaron de África. O sea, que eran humanos, como lo pueden ser los aborígenes australianos, pongamos por caso, y como raza, acabó integrándose y desapareciendo en otras mejor adaptadas a la nueva situación del mundo y sus climas. Pero pretender que el surgimiento de la conciencia llegó por un salto de alguna extraña mutación de la materia es pura creencia. Como tal, la puedo respetar; pero si me dicen en serio que es una demostración científica, entonces me huele a nuevos curas, esta vez con bata blanca, y a halitosis de viejo inquisidor.
- Pues a mí me resulta más difícil de creer que haya un Padre Todopoderoso que tenga un plan y todo eso, que lo que dicen los científicos.
- ¡Eh!, ¡cuidado!, que una cosa es lo que dicen los científicos cuando hablan de ciencia, y otra cosa es lo que dicen “algunos” científicos cuando pretenden explicar la existencia y el ser. Si tú crees en la Nada y el Azar como motores de todo, vale. Es tu creencia; allá tú y a lo que eso te lleve en tu manera de existir. Pero no lo conviertas en dogma religioso y quieras

presentarlo como demostración científica irrefutable, que entonces no cabe en mi centro educativo. Librepensadores, vale; pero inquisidores no quiero.

- ¿Entonces no podré hablar de mis creencias, ya que las llamas así?
- Si lo planteas como tus creencias, estás en tu derecho de defenderlas cuando se presente el caso. Pero si vas a plantearte tu trabajo como una misión apostólica del ateísmo dogmático, mejor lo dejamos aquí.
- No sé, tía. Me asusta todo eso. Me siento cohibida y como emplazada a moverme en un terreno que no es el mío.
- Te entiendo, Lucía. Pero no debes tener miedo de recorrer caminos que no has andado. Nadie te va a pedir que hables de cosas que no sientes o no ves o no crees. Y, otra cosa: eso de Padre Todopoderoso tiene que ver poco con el Islam. Todopoderoso, sí; pero el Corán explica bien claro que no hay nada ni nadie que se Le parezca. Olvida esa imagen de un padre barbado entre las nubes mandando sus rayos a la tierra. Lo de padre, hijo y espíritu santo es un invento pablista del que ni siquiera Jesús, el profeta Isa, el ungido, como lo conocemos en el Islam, habló.
- Yo de esos líos de religiones ni sé ni quiero saber.

- ¡Ya! Marx es otro de tus santones y de su evangelio es aquello de que la religión es el opio del pueblo, ¿no? Pues vale, cuídate entonces de la religión atea, que es de las peores, si no la peor.
- ¡Y dale con la música! ¡Que yo no soy religiosa!
- Pues sea –Fátima sonrío y Lucía, como le pasa siempre con su tía, no puede evitar sonreír también.
- Esta vez pago yo, ¿eh?
- Vale, sobrina. Para eso lo ganas con el sudor de tu frente.

Lucía mira a su tía como preguntándole si esa afirmación lleva su característica chufra; pero como Fátima levanta sus manos y se encoge de hombros poniendo cara de inocente, ambas se ríen y Lucía se levanta a pagar.



Este maldito cansancio de vivir... Que los días se sucedan con su rutina de acero; para más inri de un acero que se oxida y llena de orín hasta los goznes de las ingles. El gilip..., gilipueñas del director nada más que pendiente de las gilip..., de las estupideces de los cuatro tarados del gobierno y sus tiralevistas de turno, y luego propongo una visita a la zona monumental de la ciudad y todo son pegas: que si el horario, que si los autobuses, que si las calles y, lo peor de todo, que si los compañeros. Y eso sí que tiene gracia; cuando yo era jovencita y empezaba en esto, eran los viejos los que ponían pegas: que si pierden clases, que si les piso el horario, que luego no les da tiempo de acabar el programa. ¡Mierda de programa!; que, por cierto, ahora se llama currículum, como si con cambiarle el nombre ya estuviera todo arreglado: ¡Eureka!, encontró la solución; la nueva pedagogía se moverá por currículos (o currícula, que igual algún pedante gilipíchilis viene y me corrige), y los conocimientos por

créditos. Desde luego, más bancario sí que suena, sí. Ya se sabe que estamos en un mundo en el que las finanzas lo son todo. Al subnormal de turno igual se le ocurrió la parida después de un mal polvo con su amante. Ya que lo uno no funciona bien, a ver si lo otro al menos lo parece... Y así, a través de su enchufe de técnico, o de técnica, que para eso de la técnica son únicos, sí; en especial si se la pueden tirar. La tienen hasta para jugar al pádel; la técnica, digo. A través de su enchufe, a iluminar al político de turno. O a la política; que para la política, las tales, con frecuencia, también son muy especiales, ahora que no me oyen las feministas. Igual hasta la consejera de turno entró porque hacía falta otra falda para cubrir el cupo; y dónde ponerla que estorbe menos que en esa mariconada de la enseñanza. ¡Vamos!, es que es pa matarlos. Pero ahí no para la cosa. Ahora que la vieja soy yo, me encuentro con que las pegas, y agárrate, ¡con los mismos argumentos que los viejos de entonces!, nada, pues ahora me las ponen los jóvenes. ¡Peor todavía!, las jóvenes. ¿Pero qué cojo..., en qué leches piensan esas jovencitas? Claro, ellas como están muy puestas, que en cuanto se tercia te saltan con alguna cita de Benedetti o de Paulo Coelho y en lugar de programas me hablan de currículo..., no les da tiempo con tanta salida de dar el currículo completo. ¿Pero qué currículo ni qué po..., ni qué leches? ¿Y cuántas salidas, si esta es la primera

que propongo? Y no pienso proponer más. Si eso es lo que querían, lo han conseguido. ¡Que las folle un pez!, Perdón, jo..., que hasta le hacen a una hablar mal. Que les den a ellas y al subno del director, que en vez de apoyarme, se pone del lado de ellas. Que no quieren líos, dice el gilip..., el sin-pelotas. Pues sea. A tomar por c..., a tomar viento fresco la salida. Y al curri, que se lo metan por el culo. ¿Cómo voy a contar con gente así para mi centro? Profesionales, ellas son muy profesionaaaaaleeees. Bendita Lucía; aunque sea con minifalda.



¿Esta capulla qué se ha creído?, ¿que porque sea la jefa de personal se puede tratar a la gente con la punta del pie? ¡Ni que fuera un tío, la mu puta! A mí no me da voces ni el nuncio del Papa. Y menos una subnormal que está ahí a saber por qué y no tiene dos dedos de frente. El peasso ´carne con ojos, que es lo que es. Para la mierda de contrato que me hacen, que se lo meta por el chirrín. ¿Será la tía? Y todo porque le digo que esa tarde me iba porque tenía algo importante que hacer... Si elegí justo esa tarde fue porque en mitad de la semana el bar está por las tardes, y en este tiempo, que parece un cementerio; para dos despistados que aparezcan a tomarse una cerveza, estamos ahí tres tías como tres jastiales muertas de risa de puro aburrimiento. ¡Y encima me la van a descontar, los muy rácanos!; que conste que yo no pretendía cobrarla; que sé lo petardos que son. Pero la doña tiene, ahí tan suave que parece a veces, unos cojones que cualquiera diría que es un marrano

cabreao. ¡A mí me van a venir disponiendo!, se dice la tontapollas, la que dispongo soy yo... ¡Vamos!, como si le leyera el pensamiento, a la pazguata. ¡Pues que disponga!, pero esta tarde no voy porque ya he quedado. Y además no le importa a semejante bruja con quién ni para qué. Y ahora menos. Si me pidiera explicaciones de buenas maneras, tal vez. ¿Pero a gritos y con esa insolencia y esa mala educación? ¡Que le den! Y que no me renueven el contrato, si no quieren. ¡Digoooo!, vamos, que voy a perder el sueño. Para servir cafés ya podré en cuarenta sitios. Y no es porque sea licenciada, ni puñetas. Analfabeta que fuera, a una persona, por muy subordinada que sea, se le trata de otra forma. Que estoy de jefa y de sus prontos hasta el moño, por no decir hasta otra cosa que rima. ¡Será posible? Que le hacen a una despotricar por cualquier mierdecilla de nada.

LAS DOS

- Hay otra cosa que también me preocupa y el otro día no te lo dije, tía.
- Te escucho.
- Mira, tú sabes que a mí no me importa estar trabajando de camarera, aunque sea licenciada y todo eso; pero quisiera que hubieras visto cómo me trató la estúpida encargada de personal del bar restaurante solo porque le dije que no iba a ir una tarde. Y mira que elegí una de esas tardes en que apenas aparecen clientes por el bar y sobramos manos allí.
- ¿Y eso qué tiene que ver con lo nuestro?
- Espera, espera. No me interrumpas. Eso me hizo pensar en el reconocimiento social y todas esas gilipolces, que ya sé que lo son, pero es el mundo en el que vivimos. Y con lo que tienes pensado podemos acabar siendo una fábrica de inadaptados. Con mucha personalidad y espíritu crítico y todo lo que tú

quieras; pero sin un título que llevarse al careto y con poco o ningún reconocimiento oficial. Que prácticamente solo puedan optar a vivir..., pues eso, de camareros o limpiando calles y barriendo suelos.

- Vamos a ver, chiquilla. En primer lugar, tú, por experiencia propia, estás viendo lo que vale una licenciatura para ese “reconocimiento oficial” del que me hablas –las frecuentes comillas, gesticuladas siempre, de su tía, están empezando a resultarle cargantes a Lucía-. Tu jefa no es que la tuviera mucho en cuenta para tratarte como te trató. Y tampoco te ha ayudado mucho para encontrar trabajo ser licenciada; esa es la pura realidad.
- Ya, pero al menos siempre tengo la posibilidad de aprobar unas oposiciones o que me contraten en algún centro privado o de interina, ¡o qué sé yo!
- Pues eso, qué sabes tú. Tú y otras muchas y otros muchos. ¿Cuántas vueltas lleváis dando, mendigando por ahí y sin encontrar un hueco en el que hacer lo que os gusta? Y ahora, pongámonos en el mejor de los casos: mañana, ¡pum!, te tocó la lotería de encontrar un trabajo en la enseñanza, en un instituto. ¿Crees que no ibas a tener problemas y amarguras? Mira Lucía, conociéndote como te conozco y sabiendo cómo

eres, lo ibas a pasar mal con tus jefes; seguramente unos pedantes inútiles que lo único que les preocupa es que no les inquietes sus rutinas; con tus compañeros-¡compañeras!, en la mayoría de los casos pobres mediocres-¡mediocras!, que cumplen un horario y unos programas-¡currículos!, como autómatas, sin preocuparse si lo que enseñan sirve para algo o si están haciendo de sus alumnos meros consumidores obedientes e integrados en un sistema productivo y social descabezado y sin alma. ¡Eso sí!, muy al tanto de las últimas chuminadas campestres de ideologías de quitan y pon; con tus alumnos, pues te verías obligada a enseñarles cosas que no les interesan, con rigideces que te agobian a ti y los agobian a ellos y a ti, en particular, te harían sentir culpable e impotente; ambas cosas a la vez; con la administración, que estaría más preocupada de ahorrar costes, cumplir horarios y ganar votos, que de organizar una enseñanza que merezca ese nombre. Y por fin, con los padres y madres, tal vez sobre todo madres, mira por donde, todo lo progres que quieras, pero que al final lo que buscan es que les tengas a sus hijos el mayor tiempo posible, se los quites de encima para poder cumplir sus horarios y, a ser posible, que les soluciones problemas de conducta que ellos no han sido capaces de resolver porque

nunca se han preocupado de darles una atención familiar y una educación adecuada como padres.

- Oyéndote, cualquiera diría que estás amargada con tu trabajo.
- Pues muy feliz no estoy, no. Peor sería estar en el paro, desde luego. Pero si crees que soy feliz con mi trabajo estás muy equivocada. ¿Por qué crees que quiero hacer algo alternativo? Aunque gane menos y el sueldo no sea seguro. Pero al menos me libraré de esta angustia existencial y este sinsentido que me persigue. A veces, de verdad, envidio tu trabajo: solo tienes que servir cositas, lavar vasos, limpiar mesas; si se rompe algo, se repone... De cuando en cuando una regañina de tu jefa...
- ¡Te lo cambio!

Fátima se retrepa y sonrío.

- No me lo digas dos veces. Aunque otra cosa es que tu jefa acepte de camarera a una vieja, y encima, con pañuelo.

Ahora la que ríe es Lucía.

- Mira, Lucía, esas “gilipollices sociales” –otra vez las puñeteras comillas- de que hablas, y están muy bien calificadas, no las vamos a cambiar así como así, ya lo sé. Pero sí que podemos

vivir sin tenerlas en cuenta y trabajando con gente que pase de ellas. No es solo que un, pongamos por caso, fontanero o un técnico electricista puedan ganar más que un profesor, que eso es lo común en la mayor parte de los casos. Es que, además, tienen la misma dignidad personal, al margen de la información y la erudición que manejen, que no es lo mismo que sabiduría. Conozco a gente con pocos estudios oficiales que son bastante más sabios que muchos doctores universitarios; aunque sean menos eruditos. Y, si me apuras, sé de carpinteros y albañiles más cultos, incluso en el sentido más vulgar de esa palabra, que algunos ingenieros o doctores en sociología, psicología o niños muertos, que saben mucho de lo suyo, pero en cuanto los sacas de su especialidad son verdaderos analfabetos funcionales.

- Vale. Pero vivimos en el mundo en que vivimos. Y un título en él ayuda mucho. Mira en los líos que se meten los políticos por conseguirse un simple máster, aunque sea a base de enchufes, los gilipollas.
- Una persona inteligente que haya desarrollado sus habilidades y su cultura general de modo amplio y versátil, no va a tener problema para prepararse en poco tiempo para aprobar las pruebas que necesite y cursar los estudios que le exijan para

cualquier título o cualquier puesto. Y sin necesidad de meterse en los enchufes y líos de todos esos estúpidos políticos y sus vanidades enfermizas.

- Sí, pero pueden haber perdido mucho tiempo y llegar tarde.
- O haberlo ganado y llegar fuertes y con las ideas claras y la personalidad hecha y derecha.
- De la personalidad no siempre se vive.
- Pero sin ella nunca vas a vivir una vida que sea de verdad tuya. La prisa no es lo importante, sino la claridad en el camino y saber dónde pisas.
- Ya estamos con la poesía y las metáforas. Los poetas casi siempre acaban pasando hambre; salvo que sean niños de papá y tengan rentas de las que vivir con desahogo.
- Y sin embargo, si son buenos, son los que alimentan nuestras almas.
- Sí, pero hay que comer mientras tanto.
- Siempre podrán trabajar de camareros.

Lucía la mira, ve que levanta de forma cómica sus cejas y no sabe si enfadarse o reír.

- ¡Qué hijaputa eres! –exclama, por fin.
- ¡Niña!, no seas malhablada, que soy tu tía.
- Mi tía serás, pero qué mala leche gastas...

- Pero es ese tipo de mala leche la que permite que se haga el queso o la cuajada.
- Claro, así me dejas siempre: cuajada.
- ¿Ves? Pues descuájate, que tenemos que irnos. Esta vez pago yo, ¿eh?
- Vaaaale.



¿Cómo se puede ser tan cafre y tan subnormal? ¡La madre que lo parió! ¿Es que no le basta con andar haciendo pedorretas, interrumpir a cada instante con tonterías, distraer a todos sus compañeros; por supuesto, no hacer nada de lo que se le manda ni atender a nada de lo que se habla en clase, salvo sus salidas de tono y sus ordinarieces? ¿Tiene también que quemar papeles y atufar la clase con humos tóxicos y peste insoportable?

Y luego quieren que no pierda una la paciencia. Y los iluminados de siempre, preocupados únicamente de que no haya absentismo y sus estadísticas no se descuadren. ¿Pero para qué coño quiere nadie que este pobre infeliz esté aquí dando que hacer, aparte de sus papas, que no saben qué hacer con él, y los políticos y sus correveidiles que han hecho sus cuentas y les sale más rentable tenerlo aquí que en un lugar más apropiado para él? ¡Ni él mismo quiere estar aquí! Si en cierto modo tiene razón, el pobre chaval;

¿qué ha hecho él para que tengan que encarcelarlo y someterlo a esta tortura psicológica de soportar cosas que le aburren, adaptarse a exigencias que le traen sin cuidado y estar encerrado en un sitio y un horario que aborrece? Si me apuran, hasta los padres preferirían no tenerlo aquí, aunque solo sea por no estar oyendo nuestros reproches a diario. Sobre todo si se les ofreciera otra cosa menos problemática para él y para todos. Y el chaval es fuerte y sano. Y, para lo que le interesa, tiene iniciativa y hasta capacidad de liderazgo. Bien conducido podría ser un futbolista de élite y acabar teniendo rendidas a multitudes, comprando camisetas con su nombre y todo eso y dando éxitos y fama al deporte nacional para que muchos que ahora no lo pueden ni ver acabaran babeando por él y gastándose una pasta gansa en cositas que le permitan cobrar por mes más que todo el presupuesto de algunos países africanos.

¡Joder!, ¿pero qué pinta en una clase de secundaria un chaval como este estudiando los Reyes Católicos, ecuaciones, gramática y las leyes de Mendel? Me cago en to lo que se meneaa... ¡Y los gilipollas progres, los primeros!, tanta modernidad de pacotilla, más vacía que una almendra vana, y con tanto democratismo subnormal. Si todo lo que saben hacer es mantener por coj..., por obligación democrática, hasta los 16 a un chaval que ni quiere ni puede y que al final lo único que hace es convertirse en maestro

de chulería, modelo de poder acosador y destructivo y líder de un pelotón de mediocres, y a menudo hasta de los más listos..., si eso es todo lo que saben hacer, mejor que se lo metan por la po...; bueno, mejor que se estén quietos.

Tranquilízate, Fátima. Tranquilízate que te va a dar algo.



¡Asco de mundo! Y asco de vida y asco de todo. Mamarracho de mierda. Si es que es para partirse de risa. ¡Yo soy sincero, tía, y no ando por ahí mintiendo ni prometiendo lo que no es! ¡Pues vaya gracia! Qué mérito tiene eso. Si encima fuera mentiroso era para colgarlo. Pero que todo lo que busque, el capullo, sea pasar un buen rato y luego, si te he visto no me acuerdo, ¡pues vaya plan! Vale que me lo pasé bien, tío, ¡de puta madre! Pero ¿y este vacío? ¿Y este asco de vida y esta náusea de existir? Que todo parece un erial. Un piélago inacabable y absurdo por el que deambulamos entre polvos y ah, oh, uh..., y luego ¡plaf! Más solos que la una y sin otro polvo que el que te va dejando el camino en la suela de los zapatos. ¿Y dónde está ese amor del que hablan tantas canciones y tantas películas que hacen que se le salten a una las lágrimas? ¡Mierda de pelis! ¿Es todo mentira? ¿Por qué y quiénes juegan con nosotros de esa manera, que nos hablan de unas cosas y nos ofrecen otras?

¿Es que no hay un corazón que merezca la pena?, ¿una mano que no dé una caricia sin buscar algo a cambio?, ¿una cabeza que sea capaz de pensar con generosidad y dejar sitio al corazón para que ame sin cálculo? Yo le estaba dando lo mejor de mí... Si le dije que no me importaría morirme sintiendo lo que sentía es porque me lo dictaba mi corazón. Vale que mi cuerpo estaba gozando. Como el suyo, ¿o es que no? Pero quería algo más que el puro y burdo goce físico. Eso dura lo que dura y después se acaba y se acabó. Pero lo que sentía mi corazón era algo eterno, que no sabía de tiempo, ni de cuerpo. Tan es así que me dolía más cuando no estaba él, y ese dolor era más gozoso incluso que el mero placer físico. ¿Por qué tiene que despreciar eso, el capullo? Y encima soltarme lo de que el amor es algo fofo. ¡Fofo, él!, capullo de mierda, más insensible que un cebollino. ¿Cómo voy a amar a una patata con patas? ¡Que se lo folle un pez!, que a mí ese no me ve más el pelo. ¡Cretino integral, capullo de mierda! ¡Ufff!, le arrancaba los ojos. Para lo que le sirven...

LAS DOS

- A ver, sobrina, explícame esa urgencia por vernos. Habíamos quedado la semana que viene. ¿Qué ha pasado para que quieras que nos veamos ya?
- Dime una cosa, tía. ¿Tú crees que existe el amor? Pero, de verdad, no en las películas y todo eso...

Fátima tarda en responder. Pero lo peor es que la está mirando como si le diera lástima. Y eso no. Compasión ni mijita...

- Dime qué te ha pasado, anda.
- No, pero primero contesta a mi pregunta. ¿Existe el amor o no?
- Sí –y ahora no te pares, coño, ahí mirando como si me quisieras hablar con los ojos- Sí, que existe, pero no todo el mundo es capaz de darse cuenta de ello.

La pobre chiquilla está hecha un lío. Bismillah, ayúdame a ayudarla.

- A ver, ahora cuéntame qué te ha pasado, que así podré aclararte mejor lo que quiero decir con eso.
- Un capullo subnormal, de esos que son un pedazo de carne con ojos, y ni los ojos le sirven para ver lo que vale la pena.
- Entiendo. Pero hálame de ti, él no me interesa.
- Llevo mucho tiempo queriendo saber qué es eso del amor. Sentirme enamorada y no tener que llorar o alegrarme porque veo en pelis o leo en novelas lo que otros hacen. Y creí que por fin había llegado el momento. Estaba muy a gusto con él y él conmigo. O eso creía yo. Pero apenas le quise hablar de amor me zampó que él no cree en el amor, que eso es un invento romántico y que es una cosa fofa para cerebros débiles. Él sí que es débil mental, ¡El capullo de mierda!
- Cálmate, chiquilla. Ese tipo no merece que lo pases mal por su culpa. El romanticismo exaltó la idea del amor, es cierto. Pero no solo el siglo XIX sabe del amor y del enamoramiento. Basta con leer cancioneros de hace muchos siglos para darse cuenta de que ya existía ese sentimiento incomprensible y terriblemente hermoso que hace estremecer los corazones y las almas sensibles. ¿De dónde crees que sacó el

romanticismo su inspiración? No lo inventó él.

- ¿Y por qué cuesta tanto encontrarlo?
- Son malos tiempos para un sentimiento tan incontrolable y hondo como ese. Por una parte se ha banalizado todo para poder utilizarlo como producto de consumo por mentes frívolas y superficiales que se mueven de forma compulsiva. Y por otro, se ha pretendido racionalizar todo para que sea más controlable, menos propenso al dolor, por una parte, y a la indisciplina y lo imprevisible por otra. Muy socrático todo, ya ves. Por eso la poesía pinta poco y el arte, en general, cuenta más como producto de consumo que se cotice en exposiciones y catálogos, que como algo íntimo cuyo valor no puede medirse por el dinero ni por las explicaciones de “entendidos” profesionales –otra vez las puñeteras comillas– sino por la emoción.
- ¿Tienes que usar a cada instante esas puñeteras “comillas”?
–resulta hasta simpática, Lucía, imitando con irritación el gesto de su tía.
- ¿Qué le pasa a mis comillas?
- No sé. Me fastidian –y si ahora se ríe, me fastidian más; ¡mírala, la muy jodida, con esa sonrisa!
- Vale. Procuraré evitarlas. Pero si se me escapa alguna, por

favor, perdóname. Cada cual tiene sus “ma... -no, sin comillas-manías y sus tics nerviosos.

- Igual el amor es otra manía. Después de todo parece que no sirviera más que para dar malos ratos. Se queda uno con los buenos, el revolcón, y al amor que le den puñetas.
- Mira, Lucía, eres tú la que me ha llamado, así que ahora déjame que te cuente.
- Sí, y ahora me vendrás con historias de la mili.
- ¡Eso son los tíos! Yo no hice la mili, ni falta que me hizo, pero escúchame.
- A ver.
- Vale, pero relájate. Yo no tengo la culpa de que haya capullos como ese. Así que respira hondo y relájate, ¿vale?

Lucía respira hondo, mira a su tía, que le sonrío, y se relaja un poco.

- Venga, te escucho.
- Yo soy vieja y estoy más sola que la una. Bueno, tengo el cariño de mis hijos, mashá Allah, pero ya tienen su vida y los veo muy de higos a brevas. Pero, a lo que iba; he conocido las dos cosas.
- ¿Qué dos cosas?

- Sabes a lo que me refiero. Es de eso de lo que estamos hablando: el amor y el puro y duro sexo, vamos a llamarlos así, pero sin confusiones, que no es que el sexo sea incompatible con el amor. Eso déjalo para los cristianos integristas y sus cruces. Yo no hablo de eso.
- Vale, pues explícate.
- Mejor que explicar, que en estos terrenos las palabras a menudo confunden más que explican, lo que quiero es contarte mis experiencias. Y lo hago porque te quiero, eres mi sobrina y tengo confianza para abrirte mi corazón como a poca gente se lo abriría.
- Tía, que yo tampoco quiero ponerte ahora en un compromiso.
- No te asustes, mujer, que no he matado a nadie.
- Contigo, cualquiera sabe.

A la carcajada de Fátima responde una sonrisa de Lucía que deja expedito el terreno para la confidencia.

- Mira, es cierto que no es fácil enamorarse. A mí me ha pasado solo un par de veces en mi vida, y mira que es larga y he conocido a gente y a tíos interesantes. Pero ese sentimiento que te desborda y toma en su puño hasta hacerte estremecer solo se da cuando él quiere y tiene que buscarte él. Puedes

pasarte la vida buscándolo y no encontrarlo nunca. Pero cuando lo encuentras el mundo entero toma otra perspectiva. Todo cobra sentido y hasta la muerte adquiere un brillo que la hace cómplice y amiga. ¿No sentiste algo parecido si te sentiste enamorada de él? Un alma enamorada sería feliz de morir por su enamorado, o con él. Y no son pocos los casos que se han dado. Ese es un sentimiento que se da muy pocas veces y que, por desgracia, no siempre dura en ese grado de exaltación. La rutina de la vida acaba por ir ahogándolo. Pero en su cumbre de pasión, anhelo y de entrega generosa, es lo más parecido que puede vivirse al anhelo y Amor por Dios, y por eso participa de un halo de Eternidad que ya estará ahí por siempre y para siempre. Los dos únicos hombres de los que una vez me enamoré, muy distantes en el tiempo uno del otro, acabaron por salir de mi vida por unas u otras vicisitudes, pero siguen perennes en mi corazón y cuando pienso en ellos se me llena de luz la memoria y de una alegre tristeza el corazón.

- ¿Fue el tito uno de ellos?
- Lo fue. Es el padre de mis hijos y aunque acabé por sacarlo de mi vida, sigue instalado en mi corazón y ahí estará por siempre de los siempres y por jamás de los jamases.

- ¿Y por qué no se lo dices y vuelves con él? Él también te quiere a ti.
- Eso nos daría para hablar, no una mañana, sino un siglo, y aun así no te podría explicar bien por qué prefiero no volver. Y la verdad es que ni yo misma lo entiendo bien. He sentido a menudo el impulso de volver con él y abrazarlo e hincharme de llorar entre sus brazos. Sobre todo, cuando la soledad se hace insoportable y te muerde como un perro pellejo acosándote por las esquinas. Pero al final siempre he preferido seguir sola, por temor a matar otra vez la pasión y que la rutina enfangue todo el amor que siento por él.

La pobre chiquilla la mira cada vez con más confusión.

- Pero, escúchame, Lucía: Ese es mi problema. Yo soy una rara avis, un bicho solitario, complicado y joíoporculo y no todo el mundo tiene que ser como yo. Conozco a mucha gente que se enamoró y su amor, tal vez no tan intacto y apasionado como al principio, pero les ha permitido envejecer juntos y morir amparándose el uno al otro con una ternura que me hace rabiar de envidia.
- ¿Y tú crees que yo soy como tú?
- En algunas cosas sí. Eres apasionada y loca; pero también

- tienes más sensatez que yo y eso te salvaría de mis locuras.
- Bueno, si esa es la parte del amor, ¿cuál es la otra? Porque me has dicho que has vivido las dos.
 - Sí. Así es. No sé en qué parte de mi locura generosa o en qué parte de mi estupidez, ávida de experiencias y de conocerlo todo, acabé defendiendo teorías extrañas que mi cabeza defendía, aunque mi corazón desdeñara, y tuve algunas aventuras que para mí fueron el colmo del liberalismo y de la libertad y todas esas milquinientas. Pero, escúchame bien, Lucía: todas me dejaron un pozo de vacío y de absurdo que más de una vez me tuvieron al borde del suicidio.
 - ¿El suicidio, tía?
 - Eso he dicho. Yo tengo una cabeza muy capaz, modestia aparte, y una imaginación que es como un potro desbocado. Pero, por encima de todo tengo un corazón que no es fácil de domesticar, por muchos discursos que le den o que yo misma procure hacerle entender. Y eso me salva.
 - No te entiendo. ¿Es mejor perder la cabeza?
 - No. Lo mejor es que el corazón la gane, de modo que la utilice para aquello que necesita de cerebro, pero la sepa poner a un lado cuando es la entrega sin cálculo ni medida lo que se necesita. Porque si no, tal como dijo aquel genio de Goya, los

monstruos de la razón acaban devorándonos.

- ¿No fue que el sueño de la razón produce monstruos lo que dijo?
- Claro. Pero una cosa lleva a la otra.
- Pero tía, ¿de verdad, de verdad estuviste alguna vez al borde del suicidio?
- Conoces el monólogo de Hamlet, ¿verdad?
- ¡Quién no!
- Pues yo fui una vez Hamlet diciéndome a mí misma: ¿Quién soportaría los ultrajes y los desdenes del mundo, los agravios del opresor, las afrentas del soberbio, los tormentos del amor desairado, la tardanza de la ley, las insolencias del poder y los desdenes que el paciente mérito recibe del hombre indigno, cuando uno mismo podría procurar su reposo con un simple estilete? Ya ves que hasta me lo sé de memoria, de tanto que lo sobé. Y tenía el estilete preparado y todo; aunque, en mi caso, el estilete era un botecito con cianuro, porque había oído que no sé quién se mató así.
- ¿Y qué pasó? Quiero decir, cómo fue que no lo tomaste y estás aquí...
- Pues por lo mismo que dice ese increíble monólogo. Por temor, o tal vez por esperanza, de que detrás de la muerte

haya algo distinto a la nada. En lugar de suicidarme, mira tú por dónde, acabé haciéndome musulmana.

- ¡Joder! Ni Juan ni Juanillo...
- Je,je,je. Cada cual es como es. A otro igual le hubiera dado por meter a la lotería –ahora es Lucía quien ríe a carcajadas. ¡Bendita juventud!-. Pero, bromas aparte, el suicidio puede ser algo de cobardes, si lo haces por huir de una vida que está llena de sobresaltos y de sombras; pero para quien de verdad cree que toda la existencia es un juego absurdo que acabará por perderse en la misma nada de la que surgió, apearse del columpio puede ser un acto de valor.
- ¡Joder, tía! Pues yo no creo que haya nada más allá de este universo en que nos movemos ni que después de muertos vayamos a encontrar otra cosa que tierra y gusanos y vayamos a ser otra cosa que estiércol para la hierba y las rosas, y no me apetece nada quitarme de en medio. Lo heroico es luchar por hacer que la vida en este mundo, que es el único que hay, sea más justa y humana en una sociedad más armoniosa y equilibrada.
- Claro, y que pasemos los siglos y los siglos mordiéndonos, poniéndonos zancadillas y amargándonos la existencia por una sociedad de un futuro que lo más seguro es que no

llegará nunca y, en todo caso, puede que llegara justo el día antes de que el sol nos mande a tomar por..., bueno, a una alta y larga noche sideral...

- Gentes como Marx nos enseñaron a vivir la grandeza de la lucha por un mundo mejor.
- Sí. Y otro Marx, aunque Groucho, en lugar de Carlos, nos enseñó que con ella hemos alcanzado las más altas cimas de la miseria.
- ¡Jo! Cómo eres. ¿No crees en la utopía como motor del sueño humano? Entonces, tú, que me enseñaste a considerarla como una estrella que guía en la noche del presente...
- Mira, Lucía: Los cuentos de hadas son hermosos. Pero conviene saber que son cuentos de hadas. Y mira que no desprecio la imaginación. Toda la increíble inmensidad de galaxias, universos y belleza magnífica en la que uno puede perderse navegando con la razón, es nada junto a un diminuto destello de la imaginación, que puede barrer con un gesto todo eso e inventar otros mundos más hermosos y perfectos. Pero cuando estamos en este mundo físico en que nos movemos, conviene saber que no tenemos alas, no vaya a ser que nos tiremos por un abismo pensando que volamos.
- Pero entonces, con esa filosofía es mejor mirar el amor como

algo fofo. El sexo puro y duro, como tú dices, se maneja y controla mejor y da gusto sin complicaciones.

- Eso es lo que tú te crees, pequeña. A primera vista parece eso; ¿verdad? Lo que vemos en la pornografía: risas, gritos, goce, gemidos de placer..., sin celos, sin dolor por la ausencia, etc. etc. Pero detrás de las bambalinas y de las cámaras está ese absurdo, ese vacío, ese hastío de vivir, el paisaje después de la batalla de sábanas revueltas, papeles tirados, botellas vacías y cuerpos derrengados tras la fiesta. Y, volviendo a mi experiencia personal, que es de lo que te estaba hablando, cualquier temblor de los que sentí por el simple roce de una mano del hombre al que amé, valen infinitamente más y los guardo en mi corazón y en mi memoria con más cariño que los polvos que eché, con todo el gusto que me dieron, con hombres de corazón endurecido para los que el amor era algo “fofo” ¡Huy!, perdón por las comillas. No pude evitarlas.
- ¡Déjalo, tía! Esta vez te las acepto.
- Pues eso. Que los dos Marx, el de la lucha por un mundo mejor y el de las altas cimas de la miseria, nos iluminen.
- Así sea.
- Pero Allah sabe más.

Lucía sonr e. Es un encanto de chiquilla.

- Esta vez pago yo, que soy la que llam o para que vinieras.
- Am n.



¿De verdad se creen estos ilusos que pueden cambiar las cosas? Mi sobrina es una chiquilla inocente que todavía no ha tenido tiempo de desengañarse. Todo llegará. Y estoy segura de que hay mucho jovencitos, como ella, que están por ahí llenos de ilusiones y con el convencimiento de que si llegan al poder todo cambiará. Pobres infelices, la de palos que les esperan. Pero lo mismo de segura estoy de que hay muchos perros viejos que por otros lares no encontraron la puerta por la que entrar a medrar y en estos chicos inexpertos que despiertan simpatías en un sector importante de la sociedad, han visto la ocasión de hincar el diente y hacerse de tajada. Luego que los despojos más sustanciosos se los repartan otros. Hienas y buitres siempre hay oteando oportunidades y, puestos a roer, a ellos igual les da que sean los de siempre u otros recién llegados, con tal de que les dejen participar de la fiesta. Las ropas que haya que ponerse es lo de menos. Aunque su corazón sea de hiena y su alma

de buitre, su imagen es más bien la del camaleón, que se adapta al color de lo que le interesa, y cuando se tercié, la del cerdito que se solaza en el barro y la caca, o la del perro, servil mientras le des de comer y le hagas cucamonas.

Fueron doce años de mi vida los que empleé, si no con estos, con otros como ellos; los que había entonces con ilusiones de cambio y coraje para enfrentarse a la maquinaria del poder. Los nombres, las siglas y las caras van cambiando, pero la dinámica y las actitudes son las mismas. Ya lo dijo el profeta, s.a.w.s., la intención es lo que cuenta. Pero cuenta para quien la pone. Por eso no me arrepiento. Fue poco lo que conseguimos, y tan poco fue que es probable que hubiera llegado aun sin nosotros, pero aprendí mucho y quien quiso observar y sacar conclusiones tiene que concluir, como en mi caso, que tampoco fueron años tirados por la borda. ¿Que ahora no lo haría?, pues claro. Por eso sé que no te puedes fiar de todo el que se acerca con su sonrisa de anuncio de dentífrico y mucho palique solidario, y en seguida se le ve el plumero y el afán de manejar y barrer para adentro que les mueve. Los demás son la excusa; pero su verdadero propósito no se aleja de su panza mucho más allá de su bolsillo. Y, claro, la vanidad, que aunque a veces no se cuente en plata, también tiene su peso y a veces cuesta más que el oro.

Los enemigos nobles, que también los había, eran enemigos pero te podías fiar de ellos. Y cuando se terció nunca me importó tomarme una cerveza con ellos o compartir experiencias. En alguna ocasión hasta en la cama. Pero de algunos “amigos”, así con comillas, ahora que mi sobrina no me ve, había que cuidarse. Tenían afiladas las navajas y, lo peor de todo, las sacaban cuando menos lo esperabas y menos venía a cuento, con su puñalada trapera. Las primeras veces siempre me pillaban a contrapié y, como ni me podía imaginar que pudieran ser así, caía en la trampa como un ratoncito inocente. Pero también aprendí a reconocerlos. Para eso se acaba desarrollando el instinto y se aprende una psicología que ninguna licenciatura ni ningún profesor te pueden enseñar. A los envidiosos, trepas y arribistas aprendí a olerlos como si fuera un sabueso entre los escombros. Y lo que más me apenaba es que acababa encontrando más entre los míos que en los demás. ¡Normal!, era entre los que me movía. Los otros los encontrarían los suyos, cada cual en su ambiente. Donde te mueves es donde notas la basura que huele. Pero la hay en todas partes. Y, por supuesto, entre los que mandan hay muchos más porque hay más pastel a repartir y ahí es donde más hienas y buitres se acercan con su disfraz de camaleón. Lo noté el año en que todo parecía indicar que teníamos las de ganar. Hasta los que mandaban nos daban ya por ganadores

y procuraban ser suaves con nosotros. Habían hecho una encuesta que así lo pronosticaba. ¡Miedo me dio! Alrededor empecé a oler a buitres excitados, alborotados por escoger sitio para el acecho. No tuve estómago para aquello. Si iba a tener que gastar más energías en controlar los arrimados y supuestamente míos que en cambiar cosas, y eso si es que la inercia aplastante de la maquinaria nos dejaba, mejor estarme quieta. Yo me fui, el entusiasmo se enfrió, los resultados también y los buitres se fueron para otro sitio. Señal de que no me equivoqué en mis presentimientos.

Ahora no sé si votar a estos chavales que son lo que yo era, siquiera sea por dar quehacer y hacer que chirríe la maquinaria. Alguna vez acabará oxidándose; si la ayudamos un poquito, eso que ganamos; aunque habrá que aguantar un poco de ruido hasta que otra funcione. Pero lo que me da pena es que muchos de ellos, mi sobrina la primera, todavía tengan que pasar por unos cuantos desengaños para aprender que esta máquina no tiene arreglo, por mucho que la engrasen y le cambien los pistones.



Tengo que convencer a mi tía de que vote a los míos. Si vota, sé de sobra que lo hará; no va a votar a los carcas de siempre, más podridos cada día y llenos de goteras, además de vendidos a los intereses privados y sus afanes usureros, ni a los lameculos blandengues que no saben lo que quieren y, a la hora de la verdad, acaban haciendo lo mismo que los otros y, como ellos, poniendo el cazo.

Lo malo es que su vena ácrata puede llevarla a no votar, que seguro que no es la primera vez que se ha abstenido. Y, más que por el voto, y mira que tal y como están las cosas un voto es un voto y cada voto cuenta, es por sentir su apoyo moral, que para mí todavía es importante. No sé muy bien por qué, pero me importa y me da moral saber que me apoya. De su avenate musulmán ni sé lo que puedo esperar, porque a veces me parece más anarquista que nadie y a veces con un ramalazo carca que no hay quien la entienda.

Pero mi tía es así, qué le vamos a hacer. Tiene la cabeza muy bien amueblada, que de tonta no tiene un pelo y ha leído más que muchos catedráticos, aunque pase de la universidad, pero a veces está más loca que una cabra y uno no sabe por dónde se va a apear, como si fuera medio tarada. Aunque de corazón no le gana nadie, que lo pone entero en todo lo que hace. Lo único, que un poquito de equilibrio no le vendría mal. Siquiera sea para no volvernos locos a los demás con tanta sorpresa y tanto descoloque. Porque un poco de imprevisibilidad nunca viene mal. Pero con mi tía es que nunca sabes por dónde va a salir, la muy jodida.

LAS DOS

- Tía, antes de que nos metamos en materia pedagógica...
- ¿Y quién te ha dicho que es eso lo que vamos a hacer?
- De eso se trata, ¿no?
- De eso se trata qué.
- Lo nuestro. Pero vamos a ver, tía, ¿no es un centro educativo lo que queremos poner?
- Pues claro. Pero no creas que eso tiene mucho que ver con la pedagogía.
- Ah, ¿no? –la cara de sorpresa de Lucía es como para enmarcarla.
- No del todo, al menos. Mira, la pedagogía, como tantas otras orgías, es más una cosa de teóricos que se leen y citan unos a otros en la esperanza de que su nombre suene en algún manual. Pero muchos de ellos no han pisado nunca una escuela, así que, a menudo, no saben de lo que hablan. Y, como

bien dijo ahora no recuerdo quién, creo que un dramaturgo acraoide, un ornitólogo puede saber mucho de pájaros, pero no sabe ni cantar ni volar.

- ¿No te sirvieron tus estudios ni te sirven los técnicos que se supone que están para ayudaros?
- De mis estudios, para lo más que me ayudaron fue para aprobar las oposiciones, y casi ni eso porque las aprobé gracias más a mis lecturas que a las que me daban los profesores. Y de los técnicos y de las técnicas, que son bastante más y, con frecuencia, más que inútiles, estorbos, ya hablaremos otro día. Tú querías que hablemos antes de algo y, con estas fechas y elecciones a la vista, ya me imagino de qué será.
- Sí, sí, ahora vamos a eso. Pero antes me explicas eso de estorbar.
- Mira, en los institutos quienes están como especialistas en psicopedagogía y se supone que están para ayudarte, son los orientadores, que no sé muy bien por qué, casi siempre son orientadoras; ahí falla también la paridad, pero al revés. Bueno, pues esas “técnicas”, uy, perdón –hace gesto de borrar con las manos las comillas que antes dibujó con ellas– en lugar de visitar familias problemáticas o atender casos difíciles, que eso sí que podría ayudar algo, te reúnen para

decirte cuatro obviedades y toman nota, les cuentas lo que haces, y toman nota; si les cuentas algún problema, vuelven a tomar nota, aplican un test, toman nota de nuevo, le ponen nombre a tu problema, por lo general en inglés que da más brillo tecnológico y científico, y te lo describen como si tú no se lo hubieras contado ya antes con pelos y señales, vuelven a tomar nota y te dicen: usted es la profesional, tiene que adaptarse a ellos. Te quedas mirándola con cara de imbécil; esta vez no toman nota. Al final, lo que estás deseando es que el “proble...”, bueno, sin comillas, que el problema cumpla dieciséis años y se vaya del centro a trabajar con su padre, que es lo que él quiere y el padre mismo sabe que es preferible porque así, al menos, irá adquiriendo responsabilidades. Pero ahí entra de nuevo la orientadora, que ha tomado nota de que la administración no quiere que en sus estadísticas haya tanto absentismo y abandonos de mayores de dieciséis años y coge al susodicho y lo convence para que siga. Sus métodos de convencimiento son muy pedagógicos: amenazas, más o menos veladas, de que dejará de recibir ayudas económicas su familia, que ya no podrá asistir al comedor escolar, que no va a poder estudiar PSP ni módulos porque su informe será desfavorable, cosas así, todas muy pedagógicas, como

puedes comprobar. Al final toma nota de que el alumno sigue en el instituto y lo incluye en su memoria como dato estadístico favorable. Si el jefe de estudios no te ha pedido la tuya, tu memoria quiero decir, te la pide ella. Papeles que no falten. Y ahí es donde, más que inútil, pasa a ser un estorbo, y de los gordos; pero no para el contrario, como cuando de pequeño ponían al gordito a jugar al fútbol de medio estorbo, sino para ti y tu trabajo. Son como inspectores en casa. Tan inútiles como ellos, pero estorbando más. Salvo cuando se van a hacer cursillos, que es con cierta frecuencia. Ojalá estuvieran de cursillos todo el año; así, por lo menos, no daban por c..., no estorbaban tanto.

- Joooooder...
- Bueno, dejemos eso, anda. A ver qué me tenías que decir.
- Nos vas a votar, ¿no?
- ¿Ves? –se ríe-, ¡ya estamos con la poesía!
- ¡Déjate de chorras! Tú sabes que nos jugamos mucho. Ya va siendo hora de quitar del gobierno a esa panda de chorizos.
- Para poner a otra que tal baile.
- Nosotros no somos como ellos. Tú lo sabes.
- Vosotros no vais a ganar, sobrina. Y si lo hicierais...
- ¡Quién sabe! Mira en Grecia.

- ¡Pues eso! Mira en Grecia. Aunque aquí no estamos como en Grecia y aquello no se va a dar. Pero pongamos que se diera...
- ¿Qué crees, que no iban a cambiar las cosas?
- ¿Cambiaron mucho en Grecia en el fondo de los fondos? Mujer, algún cazo que otro menos sí que habría; aunque seguro que se colaría alguno, y si no al tiempo...; pero, ¿crees de veras que ibais a poder subir los impuestos a los grandes capitales, más allá de algo simbólico, pero que no les escueza el bolsillo?
- Por qué no.
- Pues porque se irían a otros países.
- Eso no es tan sencillo. No se pueden mover tan fácilmente infraestructuras, logística...
- Pero sedes sociales y lugar donde pagar los impuestos es muy fácil. Mira los catalanes, y eso que los que supuestamente hubieran mandado en una Cataluña independiente eran de derechas y no iban a tocar sus propiedades ni sus privilegios; que esos anticapitalistas que los apoyaban son el bufoncillo de turno; aunque para ser bufones tengan la malafollá a espuestas.
- Hay manera de cambiar las leyes...
- ¡Qué ingenuos sois, leche! Y la gracia que me hace es que

hasta hace nada también lo era yo. En cuanto intentarais tocar el núcleo del asunto, no solo se irían sedes sociales, hasta fábricas y distribuidoras se llevarían. Eso sin contar con que los bancos que os financian las campañas cerrarían el grifo y presionarían a los medios de comunicación, que también están financiados por ellos, cuando no son directamente de su propiedad, para que os hicieran el vacío y os cubrieran de trapos sucios, aunque fuera provocando escándalos con profesionales a sueldo o, si hiciera falta, inventándolos. Y no te digo nada las instituciones europeas, que ya son el Sancta Sanctorum.

- Sí podemos. Si somos muchos y sumamos fuerzas, podemos. La cuestión es que haya una masa suficientemente grande dispuesta a apoyarnos, primero con su voto y luego con su apoyo social, en la calle si es preciso.
- La cuestión, Lucía, y lo digo con tremenda tristeza, es que esas masas son manipulables, y hoy te apoyan y mañana te gritan o hacen una cacerolada o votan a otro.
- También eso se puede cambiar.
- No es tan fácil. Mira, el otro día, el taxista que me llevaba me dijo que en las últimas elecciones os había votado, pero que no os vota más por apoyar tanto a los inmigrantes (lo

curioso es que él era inmigrante venido de otra zona más pobre, aunque ya se consideraba de acá), que si Eta, que si los catalanes... Las masas son maleables y, en general, sin las ideas demasiado claras. Y pequeños factores las pueden llevar de un extremo a otro. Y quienes tienen el poder lo saben bien y lo utilizan.

- Pero tú nos has votado algunas veces, ¿no? Señal de que crees que algo pueden cambiar las cosas.
- Algo y nada es lo mismo: el mono con su monada. Cuando os he votado, y si os vuelvo a votar, es solo para acelerar en lo posible las contradicciones y que la carcoma siga con su efecto.
- Pero entonces, ¿cuál es la solución, según tú?
- La solución vendrá por sí sola. La carcoma es lenta, pero segura. Yo, es probable que no llegue a verlo; pero tú es muy posible que veas cómo todo el entramado se viene abajo. Algunas crisis, como esta última de los bancos, ya han apuntado el camino. Pero se irán sumando la crisis medioambiental, con sus climas desatados y las masas moviéndose para huir de ellos; la financiera, con los bancos insostenibles, la económica, colapsada y caótica, la energética, la moral, ¡la demográfica!, que es la puntilla al toro moribundo... La caída

será estrepitosa y Dios nos coja confesados, porque hasta que se vaya organizando un nuevo ciclo casi desde cero, a los que les pille la van a pasar canutas.

- Tía, no te entiendo. Para unas cosas me pareces más joven que muchos de mis colegas, que apenas pasan de los veinte y se arrastran por la vida como muertos vivientes, y para otras me pareces una vieja deprimida y derrotada, llena de pesimismo.
- Ni estoy deprimida, ni derrotada. Vieja, lo justo, que al tiempo nadie lo engaña. Pero pesimista, tampoco. Lo que pasa es que no confundo optimismo con ingenuidad ni con engañarse.
- ¿Y no es pesimismo ver lo que tú ves: que todo se vendrá abajo?
- Pues no. Porque yo veo más allá de ese estrépito e, insha Allah, lo que vendrá será un nuevo ciclo en el que vuelvan a valorarse cosas como el trabajo bien hecho, la artesanía, la agricultura respetuosa y a pequeña escala, la ganadería local, las comunidades equilibradas y cercanas, sin la despersonalización de las grandes ciudades, la espiritualidad, el honor, el respeto, el cariño, la amistad...
- ¡El paraíso, vamos!
- Tampoco espero tanto. Los que estáis empeñados en el

paraíso en la tierra sois los utópicos, que miráis la existencia como algo lineal que evoluciona siempre a mejor. Pero la historia y la vida nos demuestran que todo funciona por ciclos: ascenso, clímax, deterioro y decadencia. Eso, cuando llegue, tampoco durará para siempre porque en este mundo todo tiene fecha de caducidad; hasta las sociedades y sus buenos momentos.

- Y entonces, según tú, ahora qué toca, ¿sentarse a esperar?
- Pues no. Sentarse mucho hace que la grasa se acumule y salgan almorranas. Pero mejor que perder el tiempo en luchas inútiles, será ir creando gérmenes que sirvan de semilla para los nuevos tiempos: pequeñas comunidades de agricultores, ganaderos, artesanos y consumidores, canales de comercio alternativo, pequeños grupos que pasen de los Estados y vayan organizándose por sí mismos en lo que les sea posible. Y, bueno, tal vez votar alguna vez a lo que haga ruido.
- ¿Para eso es para lo único que te servimos, como si fuéramos una traca de feria?
- A mí y a mucha gente. ¿Por qué crees que las encuestas os dan a veces casi por ganadores y luego muchos no os votan y quedáis tan regular? Porque cuando ven que podéis ganar les da miedo y votan a otro.

- ¿Tú has votado alguna vez a otro?
- Yo no. Cuando he votado ha sido a vosotros. Y no me asustaría que gobernaseis. Se formaría la de Dios es Cristo, eso seguro. Pero yo me iba a divertir viendo el cotarro y, al final, sentiría un poco de tristeza cuando os viera, con el mayor disimulo del mundo, pero entrando al final por el aro y sacándoles las castañas del fuego a los de siempre.
- Bueno, entonces esta vez ¿nos vas a votar, aunque sea por eso?
- Pues no lo sé, sobrina. No me ha gustado vuestra indefinición en algo tan chusco y paleta como los nacionalismos. Y mira que para mí España es como cualquier otro lugar, un invento, y puestos a reclamar historia y autogobierno, el Reino de Granada tendría muchos más méritos y papeletas. Pero perder las energías y llevar a la gente a pelearse por cosas como esas me parece penoso.
- Nosotros no somos nacionalistas.
- Pero un poco le hacéis el juego. Y, de todas formas, hay cosas que me gustaría oír de alguien con claridad y si lo oyera, los votaba. Y no os lo he oído a vosotros.
- ¡A ver!
- Mira, más fácil que hacer cuentas con impuestos es hacerlas a

base de ahorrar en parásitos. Y en nuestra estructura política actual hay nidos de parásitos por donde mires: Senado, ¡a tomar viento fresco!, pagas de por vida a expresidentes, ¡a tomar viento fresco!, gobiernos autonómicos, ¡a tomar viento fresco!, diputaciones, ¡a tomar viento fresco!, y ve haciendo cuentas entre sueldos, dietas, edificios, funcionarios...

- Pero tía, ¿te vas a cargar el Estado democrático?
- A cualquier cosa llaman democracia. Nunca pudo emplearse peor una palabra. Si tiene que mandar el pueblo, que lo haga de verdad: líderes naturales, elegidos por cada comunidad local y un gobierno único, austero y de gente cabal que busca en la política un servicio y no un modo de vida y de chupar del bote. Nada de políticos profesionales que ni siquiera son aficionados.
- ¿Y los partidos?
- Los partidos me parten el alma.
- Pero tía, eso que dices me suena a extrema derecha, ¿serías capaz de votar a un partido así?
- Si pensara que pueden ganar, desde luego que no. No quiero a un puñado de incultos, xenófobos y medio tarados gobernándome y diciendo lo que tengo que hacer. Pero por tal de hacer ruido, como se lo escuche a algún partido, por muy

chusco que sea, te juro que lo voto.

- ¿Y si gana?
- Para eso están las encuestas, ¿no? Mira vosotros...
- Tía, estás de broma, ¿verdad?
- No, no lo estoy. Diles a tus jefes que propongan eso y hagan cuentas y verás cómo tienen para una cuantas cosas. Aunque igual se le espantan algunos oportunistas del chiringuito. Y no lo van a querer, ¿verdad?
- Noooo (por si el tono no es suficiente rotundo, Lucía niega con gestos efusivos de cabeza). No nos vamos a oponer a la democracia.
- ¿Lo ves? Es preferible agarrarse a una palabra vacía que a la realidad. Pues por eso no sé si os votaré.

Lucía mira a Fátima con incredulidad y golpea de forma nerviosa la mesa con su mano derecha.

- ¿Y ahora quieres que hablemos de pedagogía? –es Fátima, que se divierte ante la confusión de su sobrina.
- No. Creo que mejor otro día.



Qué distinto el contacto a través del correo tradicional. Aquel correo postal que necesitaba papel y tinta y que te permitía incluso poner un poco de perfume o de sangre y a veces, sin querer, se veía impregnado por la belleza sutil de una lágrima. Era lento, es cierto. Pero incluso la espera tenía ese algo de dolor deleitoso, como si el tiempo se convirtiera en cómplice traidor o en amigo que ponía a prueba tu impaciencia. Cada palabra tenía un peso. No se decía por decirla. Y cada emoción trasladaba al papel un mundo de sensaciones y matices. No esos conjuntos de cacofonías, onomatopeyas y ruidos varios, además de las consabidas frases hechas y los emoticones insulsos y confusos de la comunicación compulsiva y apresurada de los móviles y ordenadores en la red.

Cuando querías estar con alguien que estaba lejos, siquiera en el espacio imaginario del corazón, te centrabas en la carta y conforme deslizabas la pluma o el lápiz o lo que estuvieras usando,

era tu sangre la que se mezclaba con la tinta en ese mundo que se creaba ajeno al tiempo y al espacio. Y tu propia letra reflejaba tu carácter, tu estado de ánimo, tus impulsos... Era, un poco, como si tus gestos y tus emociones se extendieran y dibujaran en los signos abstractos que se desplegaban sobre el papel.

¿Qué hay de personal, hoy, en las comunicaciones habituales, todas breves, estereotipadas, compulsivas, impacientes, con caracteres prefabricados que se repiten y repites, esperando una respuesta tan estereotipada como la que mandaste, pero que te impacienta si no llega pronto?

Jajaja, ok, guapísima, ole ole, bum bum bum, plaff, afff, uggg, qué bien, que le den...

Hemos ganado en rapidez, no hay duda, ¿pero en eficacia? Y hemos dejado por el camino una profundidad, un dominio del ser y una degustación de emociones genuinas, a cambio ¿de qué?



No sé qué pretende mi tía Fátima con este próximo encuentro que me ha propuesto. Quiere que hablemos sobre las comunicaciones hoy. Y la veo venir. Los viejos estaban acostumbrados a comunicaciones pesadas y lentas, que tardaban un siglo si estabas lejos, y eso si no se perdían. Les asusta la velocidad con la que se mueve hoy en día todo, no están acostumbrados, qué le van a hacer. Mi tía, si quería comunicarse con alguien de, pongamos por caso, México, tenía que esperar cerca de un mes en que su carta, si no se perdía por el camino, llegara a su destino. Y otro tanto para recibir la de vuelta. Si yo tuviera que intercambiar con ese sistema mis poemas con los de autores mexicanos que colaboran en mi revista, más de la mitad del material se perdería y la confección de cada número necesitaría más de un año. Sin embargo, con internet, en cuestión de minutos me han mandado sus poemas, los he leído, les he contestado y los he incluido o no en la revista, que como es

digital, no me cuesta un duro editarla y colgarla en la red en forma de blog y todo el mundo puede estar leyéndola en minutos. Luego, es cierto que hay millones de blog y que es una lotería que atinen con el mío; pero ahí está y pueden hacerlo. Y quienes me interesan, ya procuro que lo conozcan.

Yo ya nací en ese mundo, y por eso me resulta tan natural. Pero mi tía, como tanta gente, se lo ha encontrado de golpe, derribando muchos de los muros y hábitos que tenían y que estaban acostumbrados a disfrutar, aunque fuera dándose calamonazos contra ellos. ¿Pero tengo yo la culpa de que eso sea así? Que no me venga entonces, que la veo venir, conque si es como una droga, que si la dependencia, que si la incomunicación. ¡Qué leche de incomunicación! Para incomunicación el que mandes por correo postal un escrito que has hecho con todo el amor del mundo y, por culpa de las ineficacias y de las corruptelas, se acabe perdiendo en un limbo desconocido o en los bolsillos de algún capullo. Eso es incomunicación, y que se deje mi tía de monsergas. Pero a ver qué dice.

LAS DOS

Han elegido el lugar y la hora como para que el ambiente esté tranquilo y no haya mucho ruido alrededor. Siempre lo hacen así. Fátima, sobre todo, soporta mal el barullo de fondo.

- Buenas tardes, tía, creo que sé lo que me vas a decir – comienza Lucía.
- Ah, ¿sí? –hay una cómica ironía en la mirada y el tono de Fátima que incomoda a Lucía- Con alguien tan inteligente ni siquiera hace falta hablar. Si quieres nos vamos y lo damos todo por resuelto.
- ¿Es que hay algo que resolver, tía? Yo ya sé lo que piensas de los móviles y de cómo los usamos los jóvenes y todo eso. Pero no me parece que eso sea un problema a resolver.
- Vamos a ver, Lucía. Dime una cosa; pero quiero que seas franca conmigo, por favor; total sinceridad, ¿de acuerdo?
- De acuerdo, tía, total sinceridad –Lucía levanta la mano en un

gesto que a Fátima le resulta cómico.

- Está bien. Dime esto: cuando estás conmigo ¿no miras el móvil porque es habitual en ti que te olvides de él cuando hablas con alguien o es por miedo a mí?

Lucía la mira unos momentos en silencio. Sopesa la respuesta. Habla por fin.

- ¿Total sinceridad, tía?
- Por supuesto. ¡Total sinceridad!
- Bueno, tal vez cambiaría miedo por respeto; pero es que me impones –como nota la mirada tensa de su tía, cambia el tono– ¡pero tía!, los jóvenes de hoy en día estamos acostumbrados a estar hablando y atendiendo a nuestros mensajes a la vez.
- Claro, y a los Me gusta del Facebook y todas esas miliquinietas; sin ellos no sabéis vivir, ¿verdad?
- ¿Lo ves? ¿A que no te hubiera sentado nada bien que mientras hablo contigo hubiera atendido los mensajes de mi móvil?

En ese instante suena un aviso de mensaje recibido en su móvil; Lucía lo mira de reojo, mira a su tía y, al fin, hace un gesto de manos como diciendo ¡ya lo ves, no lo voy a atender! Ambas se ríen.

- Por supuesto que no me sentaría nada bien. Es más, ni se

te ocurra hacerlo si no quieres que te mande directamente a cierto sitio de no precisamente muy buen olor.

Lucía levanta las palmas hacia arriba y hace gestos como diciendo ¿lo ves?

- Ya lo suponía. Por eso me he guardado de hacerlo.
- Pero vamos a ver: uno cuando está con alguien, está con alguien. Y si quiere estar en otro sitio, coge y se va a él.
- Ya. Pero es que yo, cuando miro mi móvil, no es que quiera estar en otro sitio, tía. Yo puedo estar con quien quiero estar, pero también atender a mis amigos y conocidos que me mandan mensajes o le dan like a mi muro.
- Oooh, qué bonito. Y además en inglés, que mola más: like en mi muro. Eso es lo que tenéis en la cabeza, chiquilla, ¡un muro! Os han llenado la cabeza de muros y gilipolleces y os tienen agarrados por los..., bueno, en tu caso por los ovarios.
- Güevos sonaría más plástico, no pasa nada. Es solo una metáfora.
- Pues me da que es a vosotros/vosotras –pone retintín sarcástico en ese juego verbal- a quienes os están convirtiendo en una metáfora. ¿Pero qué os ofrece esa mierda de Facebook y todas esas redes, que os pescan tan bien? ¿Un conjunto de

frases hechas que repetís como loritos y unas cadenas de Me gusta, o like como dices tú, que os intercambiáis como quien cambia cromos? ¿Pero qué mundo es ese? ¿Es así como afirmáis vuestra existencia?, ¿en un invento que cuatro vivales mueven para hacer su negocio?

- En las redes, tía, puede uno contactar con gentes de todo el mundo, intercambiar conocimiento, hacer negocios, conocer nuevas amistades. Y todo es gratuito.
- ¡Claro! Y los millones que ganan sus propietarios les caen del cielo como regalo de Dios por su bondad. Tú no eres tonta, Lucía, y sabes de sobra que detrás hay algoritmos y no sé qué capulladas técnicas con las que mueven millones a base de manipularos, crearos necesidades, conocer vuestros gustos y hasta vuestros defectos más íntimos. ¡Pero, me cago en sansenete!, si saben más de vosotros que un confesor. ¡Son peor que los curas!, por Dios...
- Tía, yo sé cuidarme. Y la gente de mi generación también. Usamos lo que nos interesa y lo que no, pues no. Y si alguien, mientras tanto, se hace millonario, que le aproveche.
- Mira, te voy a contar una cosa de las nuevas tecnologías. Y conste que no las rechazo. De hecho yo también las utilizo y reconozco algunas de sus ventajas. Pero también tienen

muchos peligros, y hay que prevenirse contra ellos.

- No somos tontos, tía. Sabemos lo que hacemos.
- Ya. Pero hay muchos trucos que ni se notan. Y, además, están los niños, criaturas inocentes que llegan sin defensas y con el corazón abierto y se lo pueden llenar de mierda sin que se den cuenta.
- Jóder, tía, ni que las redes fueran un pozo de mierda.
- En demasiadas ocasiones es así, por desgracia. Mira, hace unos años, a algún iluminado de turno del gobierno de la comunidad se le ocurrió que los ordenadores portátiles iban a solucionar el problema de la enseñanza. Información amplia y variada al instante, puesta al día en tecnología puntera, amenidad, riqueza visual y de contenido multimedia, ¡se podría en muchos casos incluso prescindir de libros!, con lo cual, ahorro económico y salud para los escolares, que no tendrían que cargar peso excesivo, etc. etc., todo ventajas, ¿ves? –calla unos instantes, mira con atención a Lucía, que tarde en reaccionar.
- ¿Y? –dice por fin- ¿No estás de acuerdo?
- Que yo esté o no de acuerdo, da igual. Como todos los funcionarios de enseñanza, me vi repartiendo portátiles a los alumnos y controlando su buen uso, que los cuidaran,

que no se salieran de los círculos de trabajo, que buscaran materiales útiles, etc.

- Muy bien, ¿no?
- ¿Pero sabes en qué acabó todo?
- Pues no. Tal vez con la crisis dejó de haber dinero para ordenadores, ¿no?
- Ah, ¿pero no iba a ser un motivo de ahorro la idea del ordenador?
- Entonces qué pasó. Cuéntamelo.
- Pues muchas cosas. A ver de las que me acuerdo. Por lo pronto, muchos maestros se sentían más cómodos con su pizarra y sus libros, que no se quedaban colgados a las primeras de cambio. Los puñeteros políticos tienen la manía de pensar en soluciones que no cuentan para nada con los trabajadores que las tienen que llevar a cabo. Hubo incluso cursillitos y cosas de esas. Pero no sirvieron para mucho porque no evitaban que con frecuencia la red se colapsara, internet no respondiera o simplemente el ordenador se quedara pillado y la clase se fuera de las manos. De todas formas muchos sí que intentamos darle utilidad a las famosas T.I.C.; en particular al dichoso portátil por alumno. Pero hubo de todo. Familias que lo vendieron porque andaban muy mal o porque

les salió del cilindrín, vaya usted a saber. Estaban, además, las lógicas averías que dejaban a mucha gente colgada y sin posibilidad de acceder al trabajo y la información. Muchos alumnos/alumnas –de nuevo el tono sarcástico no pasa desapercibido para Lucía- resultó que sabían más que sus profes de tales aparatos y acabaron por saltarse los controles y buscar formas de navegar por donde les parecía, chatear entre ellos, meterse en las redes, menos “aburridas” que las clases...

- Y si las clases son aburridas qué culpa tienen ellos – interrumpió Lucía.
- Ah, claro. Veremos cuando seas tú la que se tire varios días preparando una clase con toda la ilusión del mundo con actividades que crees divertidas, participativas, con búsquedas apasionantes y todo eso, y luego descubras que de tus 30 alumnos, solo 10 o 12 están disfrutando con ellas, o al menos enfrentándolas. El resto ha preferido entrar en su Facebook o en su whatsapp o en su Twitter o Instagram, que son ahora lo último, para poner: ¡petardo!, pum, pum, pum, que te follen, y cosas así, con ortografía deleznable y palabras apocopadas y fotitos de qué como, dónde me bañé, qué peinado me hice...

- No sería para tanto, tía.
- No. Fue para más. Los problemas de acoso en las redes se multiplicaron. Cada vez más padres hechos unas fieras porque a su hija, ¡de nueve años, por Dios bendito!, la acusaban en su Facebook, al que entró haciéndose pasar por mayor de dieciocho, o en su Twitter, con menos de no sé cuántos caracteres, de puta para arriba. ¿Cómo podía extrañarse nadie de que viniera después un grupo de teatro al cole y en mitad de la actuación de Blancanieves, una Blancanieves, por cierto, en versión feminista, un espectadorcito de apenas ocho años le gritara a un enano que discutía con Blancanieves: ¡fóllatela!?
- Joder tía, ¿eso pasó de verdad. En tu colegio?
- Eso pasó en mi colegio. En otras cosas peores. Y no le voy a echar la culpa a los ordenadores, por Dios. No soy tan simple. Pero aquello sumaba en la misma dirección de la diosa tecnología y del progreso que esta supone “siempre”.
- ¿Y qué hicisteis?
- ¿Qué querías que hiciéramos?, ¿montar un cirio?, ¿un auto de fe? Pasamos una vergüenza del carajo y nos hicimos los despistados. Y cuando, con la excusa de la crisis, se acabó la historia de los portátiles, yo, como tanta gente, lo que sentí fue un alivio por tener un problema menos.

- Con eso, tía, si no te entiendo mal, lo que me quieres decir es que cuando montemos la escuela, si la montamos, nada de T.I.C.
- Al contrario. Lo que te digo es que esas susodichas T.I.C. deberán ser uno de nuestros principales objetivos, pero para que las entiendan, se prevengan y las utilicen como algo útil, y no como una nueva droga destructiva y demoleadora, aunque su acción no sea química, sino mental.
- ¿Y portátiles?
- En clase, desde luego que no. Ya tendremos algún lugar con ordenadores fijos en los que trabajar de cuando en cuando. En grupos pequeños y con estricto control.
- ¿Cómo en China?
- No te pases de lista. China no es, precisamente, mi modelo. Ni Irán, ni Arabia Saudí, si te pones a eso. Yo quiero gente libre. Pero para ser libre tienes que ser dueña de ti. Y a eso hay que enseñar, antes de poner herramientas que no sepas utilizar.
- ¿Y hay algún modelo?
- Me temo que no. Tendremos que coger un poco de aquí, otro poco de allá y el resto ponerlo nosotras.
- No parece trabajo sencillo.
- No lo es.

Se quedan mirando en silencio. Es uno de esos silencios que hablan más que las palabras. El resto ni merece la pena contarlo.



Con razón decía Espinoza que toda palabra es un prejuicio. Esta chiquilla, sobrina mía, como me pasó a mí durante tanto tiempo y como le ocurre a tanto progre que se cree de vuelta de todo y libre de todas esas miliquinientas y lo único que hace es cambiar un prejuicio por otro.

Una de las ventajas de hacerse vieja, si una aprovecha los años vividos para aprender de ellos, es que se tiene una perspectiva lo suficientemente amplia como para comparar con equidad y mirar con distancia. Y entonces uno se da cuenta de que las certezas que tenía, muy a menudo, se asientan en pies de barro y en miradas tan parciales e interesadas como las que abandonó, aunque ahora se dirijan en otra dirección. Décadas de ajetreo en el mundo de la actividad política y sacos de ilusiones desengañadas me han enseñado a mirar a cada persona más por lo que hace que por lo que dice, más por lo que desea que por lo que consigue, más por lo

que sueña que por lo que manifiesta. Con razón dice la sunna del profeta que lo que cuentan son las intenciones. ¡Y tanto! Verdades que creí indiscutibles se me han desmoronado, posturas que defendí a machamartillo ahora me parecen poses que los vientos del momento y la inexperiencia de la edad me llevaron a interiorizar como si fuesen dogmas liberales. O todavía peor, revolucionarios; como si toda revolución tuviera el marchamo de lo correcto y lo tradicional fuera, por sistema, antiguo y caduco. Cuando ahora comprendo que muchas tradiciones, si llegaron a ser tales, es porque hundían sus raíces en lo intemporal y nos ofrecían una tierra sobre la que pisar seguro. Y desde luego que hay que renovar. La propia tradición más genuina se va renovando siempre y en cada momento es distinta, siendo siempre igual.

Sé que me va a ser difícil combatir algunos prejuicios de Lucía que ella cree que son, por el contrario, una liberación que erradica prejuicios. Pero esa “liberación”, conmigo misma puedo permitirme las comillas sin reparo, está con demasiada frecuencia cargada de prevenciones, rechazos y ceguera a la propia realidad, que acontece por encima de prejuicios e ideologías.

Claro, también yo tengo mis propios prejuicios, con toda seguridad. Si cada palabra es un prejuicio, pensar es una actividad que de manera inevitable se mueve entre certezas que resbalan

sobre el l gamo profundo de la existencia. Y no quiero obligar a una persona inocente y voluntariosa como mi sobrina a tener que hacer cosas que le hagan sentir mal. Por mucho que ese sentimiento crezca y arraigue en un mar de nuevos prejuicios que ella no ve como tales. Pero hay algunos principios que no estoy dispuesta a sacrificar, as  vengam todos los papas progres de la nueva modernidad y todas las papisas con sus fijaciones feministoides a decir que si soy carca o arcaica o demonios que se los lleven. Si ella es capaz de hacer compatibles sus convicciones con las m as, podremos trabajar juntas, a pesar de las diferencias. Y si no, pues no.



Hay temas de los que quiere mi tía que hablemos que me ponen de los nervios. Ahora quiere que nos veamos para hablar de “los prejuicios”. ¡Ya está! Y se queda tan pancha. ¿Qué quiere que hablemos de los prejuicios? Mira que la veo venir, dándole a todo la vuelta, como cuando se empeña en que el ateísmo es una religión de las más dogmáticas, si no la que más. Y quiere que hablemos de prejuicios ella, que siendo anarquista se hace musulmana. ¿Te parecen pocos prejuicios todo un libro sagrado que se supone que inspiró Dios? Y tantas obligaciones irracionales: que si orar cinco veces al día mirando para La Meca, que si ayunar un mes de sol a sol, que si esto que si lo otro... ¿Y qué quiere que hablemos de prejuicios? Qué quiere, ¿cabrearme o que la cabree yo? Ya me ha contado muchas veces que también los ateos tenemos nuestras obligaciones que nos tomamos sin darnos cuenta. Y hasta, en algunos aspectos, podría darle la razón, que no es la primera vez

que mis amigos me miran como a un bicho raro porque no quiero tomar alcohol. ¿Y dónde está escrito que haya que tomarlo si uno quiere ser joven y moderno y todo eso? ¡Y una mierda! Si no le echo gasolina a mi coche de gasoil porque se estropea, por qué le voy a echar a mi cuerpo un combustible que sé que le perjudica. Yo no necesito estímulos químicos para ponerme alegre o tener ganas de pasarlo bien. Pero que no me venga ahora mi tía con monsergas de vieja, y encima musulmana. Que la veo venir..

Pero bueno, como tiene el arte de confundirme y salir siempre por peteneras, que al final uno no sabe por dónde agarrarla, la escucharé, siquiera sea por ver por dónde se apea esta vez. Pero no pienso tragar con todo lo que me endisque. Y si al final no puedo trabajar con ella, que se busque a otra, ¡qué coño!

LAS DOS

Ya están tomando el café que pidieron y han intercambiado los saludos de rigor. Lucía no quiere andarse con rodeos y va al grano.

- Tú dirás, tía.
- Sí. ¿En tu carrera visteis algo de pedagogía?
- No mucho, –la mira con cara de no saber muy bien a qué viene eso; ¿no era ella tan contraria a las ogías, y en particular a esa?- en realidad, nada. Yo estudié literatura, no pedagogía.
- Ya, pero es de suponer que muchos de vosotros acabarais en la enseñanza. Vuestra carrera no tiene muchas salidas profesionales fuera de ella.
- Pues sí, así es. Pero no incluye pedagogía en sus temarios. Pero tía, yo creía que eso de la pedagogía te parecía un rollo; alguna vez me has dicho...
- Ya, ya –le interrumpe Fátima-. Pero no está de más que, al menos un poco, reflexionemos sobre la metodología que

vamos a emplear. Sin pedanterías ni rollos patateros de nombres que, al final, en muchas ocasiones aportan bien poco. Pero también es verdad que algunas experiencias merecen la pena ser tenidas en cuenta y aprender de sus éxitos y de sus errores.

- De todas formas, algo he leído. Nombres como Decroly y María Montessori me suenan y el método Freinet lo conozco porque un profe que tuve lo utilizó con nosotros.
- ¿Y te gustó?
- Sí. Todo aquello de las asambleas de clase y elegir el texto que más nos gustaba y trabajarlo y todo eso nos lo hacía pasarlo bien y aprender creando.
- Sí. Ese método tiene eso, sí. Yo también lo he utilizado a veces. Pero te diré una cosa: he conocido compañeros y compañeras que con ese método se perdieron y acabaron pasándolo mal. No es fácil controlar de forma participativa según qué clases. Y, en particular, recuerdo a una colega que aquello se le fue de las manos. Acabó llevando la clase a chillidos, neurótica perdida y hasta con algún mamporro que otro. Al final acabaron poniéndole de mote “la sargenta” y mira que quería ser democrática.
- Pues con mi profe nos fue muy bien. Sería culpa de ella. O de

la clase, no sé; pero a mí ese método me gusta.

- Y a mí también. Ya te he dicho que incluso lo he utilizado y hemos confeccionado colecciones de cuentos desarrollados con ese método. Pero tampoco es la panacea. Tiene sus limitaciones, pues nadie tiene ciencia infusa y no puedes estar aprendiendo solo de lo que tú mismo haces, porque hay mucho que conocer y alguien te lo tiene que enseñar.
- Para eso están las actividades complementarias, ¿no?
- Sí. Pero a veces no bastan. Escuchar de cuando en cuando alguna clase más, digamos, académica, tampoco hace daño.
- Supongo que no. Sobre todo si quien la da merece la pena. Me parece bien mezclar metodologías y aprovechar lo mejor de cada una. Pero me habías dicho que íbamos a hablar de prejuicios. ¿Qué tiene que ver eso de la pedagogía y los métodos con los prejuicios?
- Mucho. Aunque puede parecer que no, tiene mucho que ver. De hecho, desde mi punto de vista, uno de los prejuicios más arraigados y dañinos es pensar que todo lo moderno y lo último es siempre lo mejor. Cuando ocurre, muy a menudo, que eso está lejos de la realidad.
- ¿Qué quieres decir? –Lucía ya se ha puesto en guardia y hasta en la postura corporal se le nota- A ver, explícate.

- Cálmate, mujer, ¿ves? Ya estás a la defensiva. ¿No es eso lo típico de los prejuicios?
- Es que te veo venir...
- Pues no veas tanto, que eso también es un prejuicio. Mira, te pondré un ejemplo: ¿sabes cuál es el modelo educativo que para mí resulta más natural y completo?
- Ni idea.
- Pues es uno tan antiguo que ya nadie lo usa.
- ¡No será el de la letra con sangre entra! –el rostro de Lucía resulta cómico de puro confundido.
- No, mujer. Ese en realidad es de ayer mismo. El que yo digo es de hace siglos: los gremios.
- ¿Los gremios? ¿Quieres volver a la Edad Media?
- Esa fue una de las víctimas más penosas del capitalismo. Y para recuperarlos habría que recuperar cosas como la artesanía, el valor del trabajo hecho con cariño y conceptos como el de competencia, pero no por competir, sino por ser competente y ayudándose de los compañeros de oficio, más que compitiendo, aunque algo de competición siempre haya.
- Todo eso ya desapareció.
- Vale. Y tampoco digo de hospedar en tu casa a los aprendices y todo eso. Pero el mundo da muchas vueltas y en cualquiera

de estas crisis que estamos viviendo, el capitalismo se acabará viniendo abajo y se volverá a la agricultura y la ganadería no industrializadas, y a la artesanía y quién sabe si hasta al intercambio directo, el trueque, vamos, porque ni la moneda sirva. Y, sin llegar a tanto, cada vez hay más gente que vuelve a valorar lo hecho a mano, los cultivos ecológicos y todo eso.

- Vale, pero de ahí a que vuelvan los gremios...
- No tal como fueron en el medievo. Pero una relación directa y afectiva, además de docente, de los maestros a los oficiales y aprendices, completado con maestros en el sentido que los griegos daban a esa palabra, sí que se puede recuperar.
- Qué seríamos nosotras, ¿como los filósofos que impartían sus enseñanzas en el ágora de la polis?
- Bueno, y en clases y visitas y experimentos, pero en esencia sí; algo así.

Lucía no dice nada; mira a su tía expectante, como si no acabara de creerse lo que oye.

- Sí que es antiguo el método, sí –observa por fin. Y no puede menos que reírse, lo que provoca también la carcajada de su tía.

- Y ahora te voy a hablar de otro prejuicio. ¿Qué opinas de las clases con separación de sexos?
- ¿Qué quieres que opine? Me parece algo carca y antinatural.
- ¿Seguro que es antinatural? ¿Tú no has observado que, a según qué edades, si les dejas agruparse a su aire tienden a hacerlo chicos con chicos y chicas con chicas?
- ¿Ocurre eso?
- Casi siempre. Y cuando no lo hacen es porque tienen algún interés distinto al de aprender.
- ¡Venga ya, tía! A ver si me vas a salir ahora con el sexto mandamiento y todo eso de los curas.
- Nada de eso, que ya salí bien harto de las monjas con las que estudié. Pero yo te digo que en mis muchos años de experiencia docente, si observo sin prejuicios y con ecuanimidad, y sobre todo a ciertas edades en que las hormonas están muy activas, trabajan y se concentran mejor en su trabajo si están separados los sexos, sin motivaciones ajenas al aprendizaje bullendo y creando actitudes y competiciones que no vienen al caso y que lo que hacen es entorpecer la tarea.
- Tía, de veras que no te entiendo. A veces parece que estás más a la izquierda que la extrema izquierda, y a veces estás más a la derecha que la extrema derecha.

- Tal vez sea porque eso de derecha y de izquierda no es más que otra sarta de prejuicios. Mira, te digo más, ni siquiera los métodos sirven igual para chicos que para chicas. Ellos son más primarios, activos, intranquilos..., necesitan movimiento continuo, acción, y abstracción solo después. Ellas son más locuaces, tranquilas, sensibles, con lentitud en sus actividades y sus reflexiones. Y todo eso depende de sus lóbulos cerebrales y de cuestiones biológicas y energéticas. No te hablo de moral, así que olvida el sexto mandamiento, que por ahí no van los tiros. Tampoco de superioridad e inferioridad, que no se trata de una competición. Y, al fin y al cabo, de todas formas, cuando salgan al recreo o a la calle se van a mezclar y a ver y hablar y a inquietar, como es ley de vida.
- Pero entonces, si en la vida van a estar mezclados, por qué separarlos en las clases.
- Porque las clases son para aprender. Y para que ese aprendizaje sea lo más eficaz posible, cuanto mejor ambiente tengan para ello, mejor para todo el mundo.
- Mira, tía, no te digo que no haya cierta tendencia a juntarse en grupos los chicos con los chicos y las chicas con las chicas, pero también la contraria. A todo el mundo nos gusta tener

gente del otro sexo en nuestro grupo.

- Claro, pero para el tonto, los juegos de seducción y el llamar la atención de una u otra forma, lo que no hace otra cosa que distraer del propósito del aprendizaje. Todo eso se va a dar, de todas formas, pero no cuando tenemos que concentrarnos en aprender contenidos técnicos o abstractos.
- ¿Y el que se sienta en su interior más del género contrario que del de su cuerpo?
- Esa es otra. Y entramos en un terreno muy delicado, así que vamos a pararnos en eso con detenimiento. Un hombre es un hombre, sea o no homosexual, y una mujer, una mujer, sea o no lesbiana. Otra cosa es que respetemos su intimidad, como él o ella debe respetar la nuestra. Pero mientras no haya cambiado su sexo, si llega el caso, homosexual o no, el hombre es hombre y la mujer, mujer.
- O sea, que estás en contra de la homosexualidad.
- Vamos a ver. Despacio, que no es tan fácil. Me parece que toda persona merece ser respetada, incluso con sus defectos y que cada criatura se entienda con su Creador.
- O sea –el tono de Lucía es de claro desafío-, que ser homosexual, según tú, es un defecto, ¿no es eso?
- Si me dejas hablar y no te pones en actitud dogmática e

intolerante, podré explicarme.

- Ah, que encima la intolerante soy yo, ¿no?
- Por lo pronto no me estás dejando hablar.
- Es que me jode mucho cuando se quiere acorralar a la gente que sufre marginación solo por ser como es.
- Yo no quiero marginar a nadie. Ya te he dicho que respeto la opción de cada cual. Pero también quiero que respeten la mía. Y tú no estás dejando ni que me explique. Que es lo que viene ocurriendo en estos tiempos: como no compartas el pensamiento mayoritario, eres unapestado. Ahora mismo soy yo la que se siente tan marginada, que ni me dejas hablar. A los homosexuales, en cambio, se les aplaude y festeja como a héroes; ¿dónde está su marginación, que yo no la veo?
- A ver, habla. Que no se vaya a decir después que no quise escucharte.
- Mira, una amiga muy culta, lectora casi compulsiva, muy progre y todo eso, me decía el otro día que en Grecia la homosexualidad era algo habitual y bien visto. Lo deducía de algunos escritos en que había leído que los hombres se abrazaban, besaban y mostraban afecto públicamente con total naturalidad. Lo que no sé yo es si estuvo allí para ver cómo se comportaban en la intimidad. Porque, según cuenta

Nigel Barley en su libro “El antropólogo inocente” sobre su experiencia con los dowsayos africanos, también entre estos hombres se abrazan y muestran con total naturalidad el afecto entre ellos, pero ni se les pasa por la cabeza tener sexo los unos con los otros, aunque puedan incluso dormir juntos en determinados momentos. Eso, simplemente, no entra en lo concebible en su mentalidad. ¿Y quién te dice a ti que no fuera igual entre los griegos y otros pueblos en que se daba algo parecido? Si la antropología puede servirnos para algo más que para engordar la vanidad de unos cuantos eruditos con trabajos de campo, es para darnos cuenta de que no podemos trasladar nuestros esquemas con tanta facilidad a otros pueblos y, menos todavía, a otras épocas. A mí me parece muy bien que los hombres, como las mujeres, puedan expresar sin tapujos su afecto entre ellos y que este se pueda dar hasta extremos de intimidad y calor que podríamos llamar sin miedo amor. Pero hay un límite que no comprendo ni veo sano, y quiero que quede claro que no hablo de moral, sino de pura y estricta biología. Meter un pijo, para que nos entendamos, por un agujero que la naturaleza (no hablaré de Dios porque me mantengo en la estricta biología) ha puesto para echar fuera la mierda, es, para mí, se mire como se mire,

una aberración.

- Eso podría ocurrir también entre un hombre y una mujer – ante la cara de extrañeza de Fátima, Lucía aclara sus palabras-. Me refiero a lo de meter el pijo por un agujero para la caca. ¿A ti no te lo han hecho nunca?
- Que lo intente el malnacido que quiera hacerlo, que le zampo una hostia que le vuelvo la cara para atrás. Mi culo es sagrado y es para cagar. Y punto.
- ¿Y si dos hombres gozan haciendo eso y no hacen daño a nadie, qué tiene de malo?
- Lo que tenga de malo o de bueno a mí me trae sin cuidado, porque ya te he dicho que no te hablo de moral. Pero a mí que no me salpiquen. Su intimidad es de ellos y yo la respeto, como la mía es mía y quiero que se respete también. Yo también tengo mis cosas y para mí son. Pero que no esperen que haga apología de algo que me parece antinatural y enfermizo.
- Pero si han nacido así, por qué va a ser enfermizo.
- Eso de que han nacido así es una opinión que, por mor del pensamiento único, se ha convertido en un dogma con revestimiento de científico, pero vuelve a ser religioso, aunque de una religión que ni se reconoce a sí misma como tal y, sin embargo, cada vez tiene más dogmas.

- Son las religiones, precisamente, las que defienden lo contrario.
- Es curioso que diga eso alguien tan religiosa como tú.
- ¡Yo no soy religiosa, soy atea! Aquí la única religiosa eres tú, que eres una... mora.
- Dilo tal como te iba a salir: una jodida mora, ¿no?
- Tía, es que me pones negra.
- Pues eres bien blanquita, hija.

Lucía respira hondo.

- ¡Jóder! –se queja.
- Pero escúchame, Lucía. Si me hicieron una exploración con un dedito para unas almorranas internas y estuve un día y medio sin poderme sentar y andando que parecía un pato mareao, ¿cómo puede alguien que no haya degenerado su sensibilidad, y me refiero estrictamente a la nerviosa, ¡biológica!, disfrutar con eso?
- Pues hay mujeres que disfrutan si un tío les mete el cipote por ahí.
- Muchas pelis porno has visto tú, Lucía. ¿A ti te lo ha metido alguno?
- Como que si lo han hecho te lo voy a decir a ti...

- Lucía, ¿quieres que hablemos sin tapujos o prefieres las formas y las convenciones?
- No. A mí no. Pero eso no quiere decir que pueda haber a quien le guste.
- ¡No te jode! Como hay a quien le gusta que le azoten con vergajos y le hincen garfios y esas cosas. Si te pones así, hasta hay quien se folla a una cabra o se la deja meter por su perro.
- ¡No es lo mismo!
- No es lo mismo, pero todo eso entra dentro de la categoría de lo “no natural” y, para mí, enfermizo. Otra cosa es que, mientras no involucren a otros ni hagan daño a nadie, que cada cual enfrente su vida como mejor le parezca. Yo en eso no tengo problema.
- Pero no me jodas, tía. Me estás diciendo que es lo mismo un follacabras que un maric..., que un homosexual.
- No. Ya te he dicho que no es lo mismo; pero sí que entran en la misma categoría de enfermedad.
- ¡Y dale con la enfermedad! ¿Se pega entonces?
- ¡Mujer!, no es algo que se contagie por bacterias. Pero tampoco me vas a decir a mí que es normal el porcentaje de homosexuales que hay hoy día. Que al paso que vamos los

raros vamos a ser los normales.

- ¿Y quién dice que ellos no son normales?
- Bueno, quita esa palabra. En una sociedad como la nuestra la normalidad acaba siendo algo anormal. Lo que quiero decir es que unos cuantos homosexuales que encontraran normal darse por culo –la expresión de asco en el rostro de Lucía hace que Fátima se detenga un poco- ¡Hija, es que es lo que hacen! –abre sus manos para dar énfasis a su exclamación.
- Sí, pero dicho así...
- Suena asqueroso, ¿verdad? Pues imagina si le da por salir en ese momento un furullo.
- ¡Tía!
- Bueno, vale; perdona mi tosquedad. Lo que quería decir es que esta, digamos, expansión de la homosexualidad y el lesbianismo son algo cultural. Han conseguido convertirse en una especie de héroes rebeldes, medio mártires, y ahora eso de ser gay resulta molón, moderno y muchos adolescentes y jóvenes, que tampoco han conseguido tener unas relaciones afectivas equilibradas con el otro sexo, encandilados con ese halo cultural, acaban en algo que antes solo se daba en circunstancias excepcionales de sexualidad reprimida o desnaturalizada: cuarteles, cárceles, monasterios y sitios así.

Ahora estamos llegando a un punto en que toda la sociedad funciona como un cuartel, una cárcel o un monasterio, ateo y democrático, eso sí, pero cuartel, cárcel y monasterio, al fin. Si no, mira tu actitud en cuanto me he mostrado contraria al dogma.

- ¡Y dale! No me vuelvas a decir eso, ¿eh, tía? Yo soy cualquier cosa menos dogmática. Y por eso, precisamente, no tengo nada contra los homosexuales.
- Tampoco yo. Nada personal. En nuestra escuela, si llegamos a ponerla tú y yo, cada cual podrá ser lo que le dé la gana; siempre que lo sea en la intimidad. Lo que no vamos es a hacer apología de la homosexualidad como si eso fuera un plus de modernidad y de progreso. ¿Te has parado a pensar si quiera que si ese progreso continuara al ritmo que va, lo que estamos es en el final de nuestra especie? Los homosexuales no tienen hijos, da igual si son hombres o mujeres.
- Siempre se pueden adoptar de los países en los que sí tienen muchos hijos.
- Siempre que ese “progreso” no llegue a ellos también, ¿no? Porque nosotros, como mundo desarrollado, libre y democrático, somos el ejemplo a seguir, cuando no a imponer, ¿no?
- Sí, ahora ponte izquierdista...

- ¡Con lo facha que eres!, ¿no?
- Pues para algunas cosas, sí, tía. Y no sé si me voy a decidir a trabajar en esa escuela tuya. Encima sin cobertura legal de ninguna clase, que al primer problema que surja, verás tú...
- ¿Eso es lo que te da miedo? ¿Es que en una escuela oficial no tienes problemas, aparte del puteo habitual de un sistema descabezado, con clases abarrotadas de alumnos indisciplinados y consentidos en muchos casos, con padres que a la primera de cambio te están denunciando por cualquier estupidez, con una administración burocrática y alejada de ti que mira más los votos que pueda ganar o perder que los problemas humanos que tiene en su día a día?
- Sí, pero si a alguno de los padres de tu escuela le da por denunciar, vamos daos. Podemos acabar con multas que a ver cómo pagamos, y quien sabe si hasta con cárcel.
- Los padres de mi escuela serán gentes valientes y libres, que saben a lo que se exponen y lo que quieren y que no van a traicionar un proyecto en el que creen.
- Sí, pero de gente fiel a proyectos están las cárceles llenas.
- Siempre estamos en riesgo, Lucía. Vivir ya es un riesgo, salvo que se sea un zombi que se mueve por meros impulsos a la caza de cerebros que comer. Si por algo está tan de moda el género...

- Tú, por lo que veo, lo que ves mucho es películas de miedo.
- Alguna veo, sí.
- ¿Y para cuándo tienes previsto empezar, tía?
- Pues mira, insha Allah, ya mismo. Este curso acaba en unas semanas. Voy a pedir la excedencia ya para el próximo y en septiembre quiero estar ya funcionando. ¿Cuánto te queda de contrato a ti?
- Hasta junio.
- ¿Y tienes algún trabajo en perspectiva si no te animas por trabajar en mi escuela?
- No sé. Ahora mismo no. Pero en verano es más fácil encontrar algo en la hostelería, en algún bar o algo.
- Pues mira, es el momento de que te decidas. Me gustaría mucho contar contigo, Lucía. Pero tiene que ser una decisión tuya y quiero que la hagas sin presiones y con las ideas claras. Así que piénsatelo y me dices. Pero no tardes mucho, porque si tú no quieres, tendré que buscar a alguien y no quiero que se me eche el tiempo encima.
- Dame un par de semanas para pensármelo y te digo. ¿Está bien?
- Vale. Un par de semanas me parece razonable.

Apuran sus cafés, pero ya hablan poco antes de irse.



Seguro que podría ser más persuasiva con Lucía. Pero no quiero. No me apetece ni siquiera acercarme de forma remota a algo que pudiera parecer manipulación. Ella es, en gran parte, y piensa como piensa, para bien o para mal, por mi causa. Yo le ayudé a abrir compuertas, romper muros y saltar tapias, así que ahora no puedo quejarme. Después de todo, yo también las salté. Por eso estoy donde estoy, aunque darme cuenta de las tapias más sutiles, que en otro tiempo incluso confundí con escaleras, me haya costado tanto. Si ahora ella tiene que descubrir sus propias tapias interiores y saltarlas, ha de ser bajo su propia iniciativa o no será. Y son tan sutiles esas malditas tapias, que se presentan como elevaciones, como paradigmas de libertad, cuando no son más que caretas rígidas para adoptar la imagen de un tiempo y de una ideología; de una moda, al fin.

¿Acaso no tuve miedo yo de lo que pudieran pensar mis compañeros de rebeldía? Por qué no voy a entenderlo en ella, entonces. Si hasta me atribulé, presa del escándalo, cuando leí aquellas palabras tan certeras de un pensador que me merecía respeto, ¿era Beltrand Russel?, en las que afirmaba que la democracia asienta su fuerza sobre la envidia. ¿Cómo la envidia?, ¿y dónde queda entonces la igualdad? Y, sin embargo, ahora atino a valorar toda la veracidad de esa afirmación: querer ser iguales que otros más altos, al fin y al cabo, no está motivado más que por una energía tan inútil y necia como la envidia. Y eso, independientemente de que lo que busquemos sea una igualdad frente a otros que están por encima por motivos injustos, mediante trampas o por pura suerte, o frente a los que lo están, simplemente, porque son mejores y lo ganaron con su esfuerzo o gracias a un don que les fue dado y a nosotros no.

Pero no es solo eso. ¿Cómo voy yo a cambiar ahora a una chiquita noble y generosa, que se mueve a menudo más por el corazón que por la cabeza, y bendita sea por ello, aunque no le falte inteligencia y cabeza para usar?, ¿cómo voy a cambiarle unos esquemas que le sirven de guía y de apuntoque en un mundo tan injusto y desequilibrado como el que tenemos? Y encima yo se los alenté.

Es buena la duda contra la esclerosis de las instituciones, y de las religiosas, más que de ningunas otras. Pero si eso le lleva a la duda sobre la propia existencia del Creador, ¿qué puedo hacer yo para evitarlo? ¿No tuve yo mis dudas y mi propia travesía del desierto? Y si acabé por encontrarlo, ya lo dicen los sabios, es porque Él me estaba buscando a mí; de la misma forma que si yo Lo buscaba es porque ya lo había encontrado. Tendrá que ser ella la que siente Su llamada. Y puede que ya lo esté buscando sin saberlo; con lo que, en el fondo, no lo sabe, pero Lo encontró.

Tampoco puedo reprocharle que no le guste la idea de separar sexos para las clases. Demasiadas represiones y visiones restrictivas y obsesas nos han marcado y llenado de miedos durante mucho tiempo. ¡Si lo sabré yo, que tuve que vivirlas durante años bajo la mirada enferma de aquellas monjas reseca y estirada! De eso que se libró. Y también entiendo que quiera huir de tanto abuso de poder que muchos hombres hicieron con las mujeres en gran parte de la historia, y todavía en muchas ocasiones. Que ahora caiga en miradas sesgadas y obsesivas, como nueva monjas castradoras, esta vez revestidas de feministas, y en lugar de querer vivir una vida plena y gozosa la quiera convertir en una continua guerra contra los hombres, todos en un mismo saco, por demás, es un peligro que tiene que correr. La nueva versión de aquel machista

“todas las mujeres son unas putas, menos mi madre”, ahora es “todos los hombres son unos capullos”; y ni el padre se salva. Su inteligencia, que es mucha, y su corazón, que es noble, le ayudarán a discernir y aclarar. Pero necesita vida para ello, y todavía ha recorrido poca.

De alguna forma, que ella me diga que sí, que está dispuesta a colaborar conmigo o que me diga que no, va a ser como una especie de prueba de fuego a la afirmación que tantos hermanos en la fe me han hecho de que el din del Islam y el din kafir son incompatibles, que no hay forma de que musulmanes e infieles puedan colaborar en una sociedad mejor porque remamos en direcciones muy distintas, cuando no contrapuestas. Nunca estuve del todo de acuerdo con ese punto de vista, que viene a ser el mismo que el de ese teórico islamófobo que habla del choque de civilizaciones. Aunque es cierto que hay cosas en las que nunca vamos a coincidir, y desde luego en el sentido final de la existencia, menos que en ninguna, creo, sin embargo, que podemos caminar juntos este camino en muchas otras con aquella gente que, aun sin tener todavía la luz del Islam en su corazón, tienen este lo suficientemente noble y limpio como para poder confiar en ellos.

Si Lucía me dice que sí, será una prueba de que tengo razón y la propia escuela, conforme avance, demostrará que no me equivocaba.

Si me dice que no, siendo como es noble, sincera y capaz, pondrá en entredicho mi convicción y me va a costar poder seguir manteniéndola. Pero ha de ser ella la que decida. Y Allah sabe más.



¡Maldita sea, que no sé lo que hacer! Es mi tía, la quiero y tengo plena confianza en ella y en sus buenas intenciones; pero hay cosas que se me atrancan como una espina atravesada.

Sé que en su escuela vamos a poder vivir la enseñanza de una forma activa, creativa, incluso divertida. Sé que nuestros alumnos van a acabar aprendiendo tanto o más que los de cualquier centro oficial y, sobre todo, de una manera más dinámica y honda, más integrada con la gente de su entorno, dejando hábitos y huella vital mucho más profunda y enraizada que en las escuelas rutinarias y maquinales de esta enseñanza burocratizada y muerta que hay por casi todas partes. Sé que el contacto con la cultura viva y el trabajo tal cual, más que la de los libros, con la historia objetiva y sin dejarse llevar por las versiones de los ganadores, con la economía y las matemáticas vividas sobre problemas reales y no como mera abstracción, con el arte como territorio creativo, más

que teórico, con la literatura como vivencia, disfrute y aventura, más que como erudición muerta y pesada, van a estar y las voy a poder gozar como enseñante.

Pero, ¡por todos los diablos!, ¿qué les voy a decir a mis amigos y colegas y hasta a mis antiguos profesores, cuando me pregunten que por qué doy clases a chicos y chicas por separado? Los argumentos de mi tía podrán servir para ella; pero yo, que estoy cada día peleando contra el machismo y la segregación y la desigualdad, ¿qué les voy a decir a quienes me han oído tantas veces criticar eso? Y no es solo por el qué dirán, maldita sea; es que yo misma no lo veo claro. Cierto que nos distraíamos menos si no estábamos estudiando juntos chicos y chicas en la adolescencia y que, salvo excepciones, nuestra tendencia instintiva era agruparnos con gente de nuestro sexo. ¡Pero la vida no funciona así!, y es para ella para lo que tenemos que prepararnos.

Y luego están cosas como lo de creer o no en Dios. Que al fin y al cabo, musulmán o cristiano, eso es lo de menos. Para mí da lo mismo que lo llame Yhavé, Jehová, Alá o simplemente Dios, en mi lengua. La cuestión es si existe o no. Y no es una tontería. Ya sé que no tendré que defender su existencia y que hasta podré decir que yo no soy creyente; vamos, o como dice mi tía, que creo que no hay Dios. Pero, si ellos sí creen que lo hay y están en una

escuela musulmana, abierta o no, fanática o no, no voy a ponerme a defender con argumentos mi ateísmo o los padres me comen. ¡Maldita sea!, y entonces qué clase de creencia es la mía. Vale, démosle la razón a mi tía en eso de que no creer, al fin y al cabo, es otra forma de creencia porque tampoco se puede demostrar la no existencia de Dios. Pero, después de todo, esa es mi creencia. Y por Dios que querría, como mi tía, creer que existe un Creador. Eso me daría la fuerza y el sentido existencial que ella siente y que a mí me falta. Porque es cierto que si después de la muerte no hay nada, todo se queda reducido al final a un juego absurdo, a esa pasión absurda de los existencialistas franceses. Pero, ¿y qué si es así? Si al final cualquier día viene un asteroide y nos manda a todos al garete, o dentro de mil millones de años o los que demonios sean, el sol agota su combustible, revienta y se lleva todo por delante, ¡a tomar por culo títulos, coronas, riquezas, nombres, sociedades perfectas y gobiernos ejemplares...! Pero mientras, estamos aquí. Y ser mejores no es para ganarse un cielo o para evitar un infierno, sino porque así hacemos un mundo más habitable para todos. Y que eso es egoísta, ¡pues sí!, ¿y qué? Somos egos que se mueven en un mar que se agita. Que esa agitación nos ayude a vivir mejor o a crearnos problemas unos a otros depende de nosotros. Lo único que tienen bueno las religiones es que algunos de sus códigos de

conducta son válidos para todo el mundo. Cosas como ver mal la avaricia, la hipocresía, la envidia, la crueldad, la falta de respeto, etc. etc., a todos nos sirven. Pero no hay que ser religioso para creer en esas cosas y favorecerlas, y evitando todo lo demás que esas religiones traen de sumisiones a poderes espurios y represiones innecesarias y, casi siempre, al servicio de poderes opresores. Y no sé hasta qué punto podré explicarme en esos asuntos con mis alumnos, sus padres y mi tía como directora.

No sé. Tampoco quiero equivocarme y renunciar a una oportunidad de trabajar en algo que me gusta y permitiendo que chicos y chicas jóvenes maduren como personas libres y dueñas de sí. Ni quiero tener la sensación de que no me atreví por cobardía o por prejuicios ideológicos o por demonios que se los lleven.

Lo tengo que pensar despacio. Mi tía me ha dado dos semanas para pensármelo y me lo voy a pensar, sí. Creo que hasta el día anterior a que nos veamos no voy a tomar la decisión. Y al final, si es necesario, porque no me acabe de decidir por una u otra opción, estoy dispuesta a echarlo a cara o cruz. De todas formas, si no me va bien siempre puedo dejarlo, mientras que montarme al tren en marcha es más difícil. Y si hay Dios, que Él me ayude a decidir.

LAS DOS 

El próximo sábado se ven las caras.